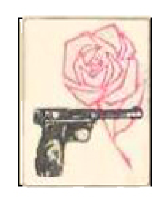


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

En este valle de lágrimas

¿Alguien puede creerse que es posible cambiar la raza humana? O sea, ¿que el actual ser humano puede convertirse en «otra clase de ser humano»… o más o menos humano? Pues sí, mediante determinada maniobra alguien está planeando un acontecimiento que puede cambiar el mundo. Por supuesto, con fines ególatras y recurriendo a procedimientos criminales. Está muy claro que hay muchos criminales en este valle de lágrimas. Y todavía está más claro que no pararán hasta hacer realidad la vieja y conocida frase, es decir, hasta que conviertan nuestro hermosísimo planeta en un auténtico valle de lágrimas… si es que queda alguien para llorar.



Lou Carrigan

En este valle de lágrimas

Brigitte en acción - 457

ePub r1.1

Titivillus 17.12.2017

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

Había pedido sol, y vaya si tenía sol[1].

Lo sentía en su piel, en su carne, en toda su sangre, penetrando lentamente hasta inundar su cuerpo de calor y vida. Igual que sentía la penetración amante de Número Uno, que la abrazaba a pleno sol, junto a la pequeña piscina de la villa que habían alquilado en Acapulco.

Estaba haciendo el amor con Número Uno a pleno sol, y, mientras sentía que todo su cuerpo comenzaba a estremecerse con la llegada del siempre maravilloso placer, se abrazó dulcemente a él, y se dejó llevar por las intensas oleadas que estremecían su carne y hasta sus huesos.

No pudo evitar un profundo gemido cuando finalmente el placer estalló, como una tormenta dentro de un volcán en erupción. Se abrazó ahora con fuerza al cuerpo de Número Uno, oyó la fuerte respiración de él entregándose a su vez, y todo se convirtió en un delicioso torbellino.

Luego llegó la calma, siempre a pleno sol. Sintió en sus labios el tierno beso de los de él, y luego la caricia en el cuello, los besos en los ojos. Número Uno la liberó de su peso, y se tendió junto a ella, en la toalla extendida sobre el césped.

Brigitte permaneció con los ojos cerrados, quieta, absolutamente inmóvil, sintiendo todavía dentro de su ser corrientes de estremecido placer que parecía que no fuese a terminar nunca.

No se oía nada.

No oía nada, salvo aquellos rumores interiores de su cuerpo satisfecho de amor y de sol.

Poco después suspiró, abrió los ojos, y giró el cuerpo hacia Número Uno. Él estaba tendido de costado, mirándola. Mirándola de aquel modo que parecía introducir sus ojos y su mente en los pensamientos y en el cuerpo de ella. Los dos estaban muy

bronceados, llevaban allí casi dos semanas, sin hacer otra cosa que vivir su vida de amor bajo el sol…

—¿Empiezas a aburrirte? —susurró Número Uno.

Brigitte Baby Montfort, la espía más implacable del mundo sonrió primero, y de pronto soltó una carcajada que fue talmente como música.

—Sabes muy bien que no —rechazó—… Lo que ocurre es que te gusta que te diga continuamente que me siento demasiado feliz a tu lado.

—Nunca se es demasiado feliz —dijo él, deslizando una mano sobre los calientes y turgentes pechos de ella—… Al menos yo nunca siento que soy «demasiado» feliz. Simplemente, vivo.

—Conmigo.

—Es que sin ti no sería vida.

Una vez más, pese a los largos años de amor que los unía, Brigitte experimentó aquel vuelco en el corazón al oír las palabras de Número Uno, el mejor espía de todos los tiempos. Sabía que él decía la verdad. Sabía que si ella muriese la vida de él ya no sería vida…

Pero éste era un tema que ya habían tocado muchas veces: se amaban demasiado, lo cual, si bien era hermoso, resultaba muy peligroso para dos personas que continuamente se estaban jugando la vida, y, por tanto, podían perderla ambos, o, peor todavía, sólo uno de ellos, dejando solo al otro…

—Pero como me tienes a mí, es vida —volvió a reír la divina espía—. ¿Qué se te ocurre que podemos hacer el día de hoy…, además del amor? Y a propósito, me parece un poco atolondrado por nuestra parte hacer el amor de este modo, los dos desnudos, al aire libre, expuestos a las miradas de cualquiera…

—Nadie puede vernos aquí —se sorprendió él—. Cuando alquilé la villa me aseguré de que dispondríamos de un rincón como éste, que nos recordase un poco Villa Tartaruga.

—Seguramente estás pensando que es una tontería estar en una villa alquilada en Acapulco pudiendo estar en tu villa.

—A mí me da lo mismo el lugar donde esté, mientras estés conmigo. ¿Por qué has dicho eso de que estamos expuestos a las miradas de cualquiera? Sé muy bien que lo has dicho por algo concreto.

—Es que estoy oyendo un helicóptero acercándose.

Número Uno asintió, porque justo en aquel momento él también comenzaba a oírlo. Hacía mucho tiempo que había desistido de competir con Brigitte en capacidad y finura auditiva. Baby tenía un oído tan fino que parecía increíble.

El helicóptero apareció, lanzando destellos de sol. Brigitte cogió una toalla y se la echó por los hombros, cubriendo así prácticamente todo su cuerpo al sentarse. El helicóptero voló por encima de ellos, se alejó, y emprendió el regreso. La mirada de Número Uno se endureció, pero ella le tranquilizó, susurrando:

—Espera. Tengo el pálpito de que me están buscando a mí. Y ya sabes que la CIA me encuentra, sea donde sea que nos escondamos.

Número Uno no contestó. Desde al helicóptero comenzaron a llegar señales en morse hechas con un espejo. El mensaje era muy simple:

SIMÓN BUSCANDO A BABY

—Se acabó la tranquilidad —suspiró Brigitte—. Aunque quizá se trate de alguna tontería y yo pueda permanecer aquí contigo algunos días más.

—Si están buscando a Baby significa que sea lo que sea que ocurre no es ninguna tontería —replicó Uno.

Ella no contestó. Simplemente, sabía que era así. Se puso en pie, y con un brazo hizo señas hacia el helicóptero. Segundos después éste se posaba en otra parte del amplio jardín de la villa mexicana, quedando oculto a los ojos de Brigitte y Uno debido al espeso arbolado y algunas palmeras. En alguna parte parecía reflejarse el resplandor de las azules aguas del cercano mar. Brigitte y Uno se pusieron cada uno su albornoz, y caminaron por el umbrío sendero hacia donde había aterrizado el helicóptero.

Había dos hombres junto al aparato, y al identificar en el acto a uno de ellos Brigitte lanzó una exclamación de alegre sorpresa. Era un hombre de unos sesenta años, alto y atlético, de larga melena gris, y que sonrió al verla y se les acercó, siempre evidenciando su leve cojera.

—¿Qué tal? —saludó tendiendo la mano.

Brigitte ignoró la mano, abrazó al recién llegado y lo besó en

ambas mejillas, y luego se quedó mirándolo. La vida pasa. *Mr.* Cavanagh se iba haciendo mayor, pero todavía estaba muy fuerte físicamente, y, en cuanto a sus facultades para seguir al frente del Grupo de Acción de la CIA, era poco probable que ésta encontrase a nadie más capacitado, tanto por aptitudes como por experiencia.

—¿Ha venido a tomar el sol con nosotros? —preguntó Brigitte.

—Ojalá estuviera aquí por eso —dijo Cavanagh, tendiendo su mano ahora a Número Uno—... ¿Cómo está, Uno?

—Bien, gracias.

La mirada de *Mr.* Cavanagh regresó, desde los negros ojos de Número Uno, a los bellísimos ojos azules de Baby.

—Lo siento —farfulló—, pero si no fuese algo realmente importante no habría venido a molestarles.

—Vayamos a la casa —dijo Brigitte—, y tomaremos algún refresco. Dígale a su piloto que se una a nosotros.

Poco después, en un amplísimo salón blanco y con floras y plantas, inmerso en una sombra refrescante y sedante, los cuatro tomaban un refresco ofrecido por Brigitte, a la que el piloto del helicóptero miraba absolutamente fascinado, sobre todo después de que ella le hubiera acogido con un beso. No había en la enorme villa alquilada más personas que Uno y Brigitte, cosa que no sorprendió en absoluto a Cavanagh, pues los dos espías no necesitaban a nadie para hacer su sencilla vida. Esto aparte, el alquiler de la villa debía de costar una pequeña fortuna..., que no tenía importancia, pues ambos tenían fabulosas cantidades de dinero repartidas en diversos bancos de diversos países.

—Qué bien se puede vivir, ¿verdad? —dijo Brigitte, mirando al joven piloto.

—¿Eh...? Oh, sí. Sí, sí, desde luego... Sí.

—También se puede morir bien —sonrió la divina—. Y se puede morir mal. Aunque yo creo que morir siempre ha de sentar mal. ¿Usted qué opina?

—¿Yo? Pu-pues... Bueno, no sé...

—O quizá morir sea simplemente pasar de un estado a otro, sin malas consecuencias realmente. ¿No está de acuerdo?

—Pu-pues...

—En cualquier caso, si Número Uno y yo vivimos así es porque nos lo merecemos.

El piloto se sofocó visiblemente al ver tan sencillamente descubiertos sus pensamientos. *Mr*. Cavanagh carraspeó, y preguntó:

—¿Han oído hablar del *Blackstar*?

—No —replicó Brigitte—, pero me gusta el nombre: «Estrella negra». ¿Es un satélite espacial, tal vez?

—Es bastante más modesto: un barco oceanográfico.

—Ah. Uno de esos que van por los hermosos mares realizando estudios e investigaciones científicas sobre el mar y sus… peculiaridades y posibilidades.

—Exactamente. En el *Blackstar* viajan unas ochenta personas. Es un barco… grande, moderno, excelentemente acondicionado para navegar por todos los mares y prácticamente en cualquier condición y situación.

—Caramba —sonrió Brigitte—… Es de esperar que con un barco así nuestros científicos consigan importantes descubrimientos marinos. ¿O no es nuestro el *Blackstar*?

—Sí, es nuestro. De los Estados Unidos, quiero decir, claro… Ha sido secuestrado.

Número Uno, que parecía muerto de aburrimiento, lanzó una viva mirada a Cavanagh. Brigitte, que ya le observaba con expectación, pues sabía que su jefe directo estaba allí por algo muy serio, persistió en su mirada quieta y serena, a la espera de más explicaciones. Como quiera que éstas no llegaban murmuró:

—¿Y qué piden a cambio del *Blackstar*? ¿Dinero? ¿O se trata de arrebatarnos los desabrimientos científicos conseguidos últimamente respecto al fondo de les mares?

—Bueno —desvió la mirada Cavanagh—, en realidad el *Blackstar* no es propiamente un barco oceanográfico.

—¿No? ¿Qué clase de barco es?

—Es una central nuclear de experimentación.

Número Uno apretó los labios, y su mirada pareció petrificarse. La espía parpadeó, y luego asintió lentamente, con una mueca de decepción.

—Como siempre —susurró—: vamos por la vida engañando a los demás. Es decir, que decimos al mundo que el *Blackstar* es un inofensivo barco científico cuando en realidad es una peligrosa central nuclear móvil de experimentación… que puede explotar en

cualquier momento.

—Es posible que eso sea lo que ocurra. Los secuestradores podrían cometer cualquier barbaridad en cualquier momento. La impresión que tenemos es la de que no les importa demasiado sus propias vidas.

—O sea, que en efecto el *Blackstar* puede explotar en cualquier momento.

—Desde luego.

—Pero vamos a ver: ¿cómo han podido secuestrar un barco con ochenta personas a bordo? ¿Y quién y cómo lo ha secuestrado?

—No sabemos todavía quiénes son ni cómo lo han conseguido. Lo que sí puedo decirle es que en ese barco viajan veinticinco hombres especialmente entrenados para evitar contratiempos. Es decir, que de las ochenta personas que hay a bordo cincuenta y cinco son auténticos científicos nucleares, y veinticinco son un cuerpo especial de alta seguridad. Pese a esto, el barco ha sido secuestrado, en el mar, con toda facilidad, según parece. Pero no sabemos por quién, ni cómo, ni cuántos son. Todo lo que sabemos nos lo ha comunicado el comandante del *Blackstar* por radio siguiendo instrucciones de los secuestradores.

—Entiendo. ¿Y qué es lo que sabemos?

—Que el barco está navegando hacia Panamá, y que exigen ruta libre o deberemos atenernos a las consecuencias…, que nos tememos serían la explosión del barco. Una catástrofe de esa naturaleza en cualquier punto del Caribe sería absolutamente catastrófica.

—De modo que, naturalmente, están dejando vía libre al *Blackstar* hacia Panamá.

—Nadie puede hacer otra cosa.

—¿Pero yo sí podría, tal vez? —sonrió Brigitte.

—Por esa parte, no. O al menos, creemos que no. Sin embargo, es posible que, como en anteriores ocasiones, su… buena estrella y su intuición puedan ser de gran utilidad. Dentro de veinticuatro horas tenemos una entrevista con un representante de los secuestradores, al cual debemos entregarle el importe del rescate.

—¿Quiere decir que han secuestrado el *Blackstar* para pedir simple dinero por él?

—No tan simple —gruñó Cavanagh—: debemos entregar mil

millones de dólares.

—Sigue siendo simple dinero. Para conseguir un rescate de esa importancia no es necesario jugarse la vida metiéndose en una central nuclear experimental… Hay muchos otros secuestros que pueden llevarse a cabo. O realizar amenazas. En fin, muchas cosas.

—O sea, que usted piensa que si han secuestrado el *Blackstar* no es por dinero, o al menos, no sólo por dinero, sino por algo específicamente relacionado con la central nuclear, con sus… posibilidades nocivas.

—La lógica es la lógica, señor. ¿Por qué robar explosivos pudiendo robar melones, si de todos modos me van a pagar el rescate por unos u otros?

—Estamos de acuerdo —dijo sombríamente Cavanagh—. Por supuesto vamos a ir con mucho cuidado con esa gente, pero algo hemos de hacer. Y a mí se me ocurrió que podría ser muy conveniente que usted asistiera a la entrevista.

—¿Por qué?

—No sé. Tengo la esperanza de que, como siempre, a usted se le ocurrirá algo o verá algo que no estará al alcance de los demás. Brigitte, estamos en un lío tremendo, y… ¿a quién recurre la CIA siempre que está en uno de esos líos? Pues a usted, a Baby. Y esta vez ni siquiera se trata de una misión inicialmente peligrosa, ni nada de eso. Todo lo que le pido es que vaya a ver qué gente es la que se hará cargo del dinero, de dónde son, qué pueden pretender… Demonios, ni siquiera tengo que decirle lo que tiene que hacer, pues estoy seguro de que una vez allí usted hará lo que mejor convenga y sea posible en todo momento. Eche un vistazo, eso es todo.

—¿Significa todo esto que tendré que ir al *Blackstar*?

—No, no. La cita es en la costa de North Carolina, en Albermarle Sound, en el puerto deportivo de la pequeña localidad de Kitty Hawk. Mientras tanto, como ya le he dicho, el *Blackstar* continúa navegando hacia Panamá.

—¿Y con quién es la cita?

—Tampoco lo sabemos —refunfuñó Cavanagh—… Por la mañana nos dirán exactamente cómo y a quién debemos entregar los mil millones de dólares. Pero el lugar de la entrega ya se lo he dicho: el puerto deportivo de Kitty Hawk, en North Carolina.

—¿Dónde está ahora exactamente el *Blackstar*?

—Se dirige hacia el Canal de Florida.

—Es decir que, según parece, piensa navegar hacia Panamá por el Canal de Yucatán, y luego más o menos cercano a las costas de Centroamérica.

—Sí, eso parece. En cualquier momento que ese barco estallase estaría cerca de núcleos de población más o menos importantes. Aunque francamente, a nosotros no nos entra en la cabeza que esa gente cometiera semejante locura. A fin de cuentas ellos también morirían.

—Me parece —susurró Brigitte Baby Montfort— que usted aún no se ha dado cuenta de que algunas personas no temen a la muerte, y que incluso la prefieren a según qué clase de vida. Pero vamos a dejarnos de elucubraciones y vayamos a lo práctico y lógico. Un barco como el *Blackstar* no puede ser abordado así como así, en pleno viaje. Y esto es lo que más intrigada me tiene a mí: ¿cómo lo consiguieron?

—Ya le he dicho que por el momento no sabemos nada de eso.

—¿Quién es el comandante de ese barco?

—Se llama Waldo Washington. Su expediente es formidable.

—¿Qué quiere decir «formidable»?

—Bueno, es un hombre que siempre ha triunfado en todo y siempre ha estado al servicio incondicional de la patria.

—¿Cuál es su edad? ¿Tiene familia?

—Tiene cuarenta y dos años. Y sí, tiene familia: madre, esposa, y dos hijos, un niño y una niña de catorce y doce años respectivamente.

—Quiero un expediente completo de él. ¿Qué me dice de los científicos? ¿Hay alguno significado en especial?

—Bueno, el jefe del grupo es el profesor Ferdinand Mc Cawley. Es un hombre muy inteligente y sociable, un gran científico. Todos le llaman simplemente Mac. No tiene familia, está solo en el mundo. Su familia, él lo ha dicho muchas veces, son los científicos de todo el mundo. Tiene sesenta y tres años.

—También quiero un expediente completo sobre él, y que realicen una investigación complementaria. Y lo mismo respecto al comandante Washington. Y quiero que se encarguen de ello dos buenos equipos especializados de Simones, no unos cuantos bobos.

—De acuerdo.

—Me imagino —sonrió prietamente Brigitte— que ya tiene un avión esperando en el aeropuerto de Acapulco para trasladarnos a algún lugar desde el cual nos trasladaremos mañana por la mañana a Kitty Hawk.

—Por supuesto —sonrió también Cavanagh—. Sabía, que podría contar con usted. Y con usted —se apresuró a añadir, mirando a Número Uno.

—No estoy muy seguro de que yo vaya a ir allá —replicó Uno.

—¡Cómo que no! —protestó Brigitte, mirándole con graciosa malicia—. ¡No irás a dejarme sola en plena luna de miel…!

Capítulo II

A las doce menos circo minutos del día siguiente apareció la lancha, acercándose al embarcadero deportivo de Kitty Hawk. Lucía un sol turbio y cegador, como de plata fundida. Desde el magnífico yate en el cual se habían instalado la noche anterior al saber que sus interlocutores llegarían en lancha, Brigitte y sus acompañantes, ella con prismáticos, observaban la llegada de la embarcación pintada de blanco con una ancha franja azul. Los demás todavía no podían ver el nombre, pero Brigitte sí lo vio: Libertad.

Muy evocador.

Desde la borda, un tripulante del yate de la CIA hacía señas con un banderín. El hombre que tripulaba la lancha Libertad las captó, y navegó hacia allí. Brigitte enfocó su rostro, observándolo a sus anchas gracias a los prismáticos y a la cada vez mayor proximidad. El hombre en cuestión era atlético, podía tener unos treinta y cinco años y llevaba barba y lentes de cristales oscuros.

—Vaya por Dios —suspiró Brigitte—, ¡otro disfrazado!

Pero no, el sujeto no iba disfrazado, pronto pudo convencerse de ello. Ella sí que acudía disfrazada a la cita, con una peluca rubia, lentillas de color verde, rostro deformado por rellenos… Pero el sujeto de la lancha no: su barba era auténtica. Y cualquiera tiene derecho a usar gafas para el sol, ¿no?

La lancha Libertad llegó a motor parado junto al yate, y fue amarrada a éste. El sujeto barbudo subió ágilmente por la escalerilla plegable de blanco plástico colocada al efecto. Allá le estaban esperando Cavanagh, dos enviados directos del presidente de los Estados Unidos, y Brigitte.

—Soy Jesús Diosmediante —dijo el hombre—. Espero…

Brigitte lanzó una carcajada, y el hombre calló y se quedó mirándola a través de los oscuros cristales de las gafas.

—Lo siento, discúlpeme —dijo Brigitte, todavía riendo sin poder

contenerse—… ¡Es que me ha hecho gracia su nombre!

—Pues yo no le veo la gracia —replicó el sujeto.

—Lo siento, de veras. No he pretendido molestarle, señor Diosmediante.

—Tal vez sería oportuno que también ustedes se presentaran —dijo secamente Diosmediante.

—En lo que a mí respecta —replicó Brigitte, sin inmutarse—, no pienso presentarme mientras usted lleve puestas esas gafas. Quizá le parezca vulgar, pero me gusta ver los ojos de las personas con las que me relaciono.

De nuevo se quedó él mirándola larga y fijamente. Por fin, despacio, se quitó los lentes, dejando visibles sus ojos grandes, inteligentes, limpios, de bello tono castaño. Brigitte asintió, sin decir nada. Cavanagh se presentó y presentó a los otros dos hombres, como si los tres fuesen enviados del presidente de los Estados Unidos, y nadie tuviese allí relación alguna con la CIA. Presentó a Brigitte como la «señorita Lili Connors», secretaria para «asuntos personales» del señor presidente, el cual deseaba recibir una información verbal de ella aparte de los informes oficiales de los señores Cavanagh, Stanville y Dennison.

—Espero —dijo Diosmediante al terminar las presentaciones— que toda la entrevista esté basada en el hecho de que ustedes hayan acudido con el dinero del rescate.

—El dinero está a su disposición —aseguró Cavanagh.

—Estupendo. Ya pueden ir trasladándolo a la lancha.

—¿Quiere decir que se lo va a llevar usted mismo y ahora? —exclamó el señor Dennison.

—¿Tiene usted algún inconveniente? —Le miró sonriente Diosmediante.

Brigitte rió de nuevo, ganándose una enigmática mirada por parte del barbudo, pero evidentemente atractivo personaje… que a pesar de utilizar un nombre latino hablaba el inglés americano con la misma fluidez que la propia Brigitte y los demás representantes del presidente de los Estados Unidos.

—¿Le gustaría tornar un aperitivo? —ofreció la rubia Lili Connors—. Hace demasiado calor para estar en cubierta. Y el traslado de mil millones de dólares en bolsas de plástico impermeable, como usted pidió, durará unos minutos. ¿Martini,

jugo de tomate, de piña tal vez, o prefiere una coca-cola…?

—Lo del Martini es una buena idea. ¿Todos estos hombres que hay en el yate son de la CIA?

—Nadie ha dicho que la CIA intervenga en esto, señor Diosmediante —replicó Brigitte.

—Vamos, no se burlen de mí: la CIA está en todas partes, señorita Connors.

—Como usted, entonces.

—¿Como yo? —se sorprendió realmente Jesús Diosmediante.

—Claro. Si se llama Jesús, es el hijo de Dios, el cual está en todas partes. Y si Dios está en todas partes cabe suponer que su hijo tiene el mismo don de la ubicuidad múltiple. O sea, que usted puede estar en todas partes a la vez… Dios mediante, claro.

La frase había que digerirla despacio, pero Diosmediante la captó en el acto, y ahora le tocó a él soltar una carcajada. Brigitte sonrió, y señaló hacia la entrada al interior del yate. Poco después, en la sala de éste, ella y Jesús se sentaban juntos en el diván, ante una mesita baja en la que había vasos, botellas y un cubo con trozos de hielo… Por el ventanal corrido a nivel de la cubierta se veían hombres trasladando bolsas de sólido plástico. Hacía calor. Reinaba el silencio.

Y en ese silencio destacó el chocar de los cubitos de hielo contra el vaso en el cual Brigitte sirvió Martini a Diosmediante.

—Gracias —tomó éste el vaso—… Me imagino que lo que ustedes realmente desean no es agasajarme, sino obtener noticias del *Blackstar* y sus ocupantes.

—Evidentemente —asintió Cavanagh—. Nosotros pensamos…

—Señor Cavanagh —le interrumpió suavemente Diosmediante —, no se moleste en pensar, ni en hacer preguntas. Y sobre todo, no se preocupe: todo terminará bien, nadie ni nada sufrirá daño alguno si ustedes se atienen a las condiciones que pactamos para esta entrevista: yo me iré con el dinero, y oportunamente el *Blackstar* les será devuelto, sin problema ni complicación alguna. Entonces podrán ustedes preguntarle al comandante Washington todo lo que quieran, y sabrán cuanto se pueda saber sobre cómo han ocurrido las cosas. Por mi parte, no estoy autorizado para decirles nada más.

—Yo tengo una curiosidad de tipo personal —dijo Brigitte—: ¿para qué quieren ustedes tanto dinero?

—Es muy simple: para ser ricos y vivir como viven los ricos, es decir, vivir de verdad, no con el sudor de nuestra frente, que es una salvajada.

—Escuche, señor —intervino Stanville—, nosotros le estamos entregando a usted mil millones de dólares en billetes de curso legal. ¿No le parece que nos merecemos algunas explicaciones?

—Lo que a mí me parezca no tiene importancia, señor —replicó Jesús Diosmediante—. Yo sólo cumplo órdenes, ya lo he dicho. Si no quieren entregarme el dinero no lo hagan, pero dejen de presionarme.

—El señor Diosmediante tiene razón —convino amablemente la señorita Lili Connors—, así que no nos pongamos pesados. ¿Fuma usted?

—Sí, gracias.

Jesús Diosmediante aceptó un cigarrillo del paquete que le tendía Brigitte, con algunos sobresaliendo. Iba a ponérselo en la boca cuando se dio cuenta de que el filtro estaba casi suelto. Brigitte se dio cuenta al mismo tiempo, hizo un gesto como pidiendo disculpas, y le ofreció de nuevo el paquete. Ella se colocó también un cigarrillo entre los labios, sacó un encendedor de lisas superficies de acero, y ofreció la llamita a Diosmediante, que encendió su cigarrillo…

El encendedor escapó de entre los dedos de la señorita Connors, y por instinto Diosmediante juntó velozmente las piernas, entre las cuales cayó. Jesús tomó el encendedor, lo accionó, y ofreció la llama a Brigitte, que prendió su cigarrillo.

—Gracias —sonrió.

—De nada —sonrió también Jesús Diosmediante.

Tomó cuidadosamente el encendedor por dos aristas entre dos dedos y lo frotó en su pantalón, borrando cualquier posible huella o parte de ella que hubiera podido dejar en él al cogerlo. Cuando lo devolvió a Brigitte había en el fondo de sus ojos un destello de divertida burla. Brigitte no dijo nada y él tampoco hizo comentarios sobre le sucedido. Afuera, en el silencio de la soleada mañana, se oyó el graznido de una gaviota.

—¿Tendrá usted suficiente combustible para emprender el regreso? —se interesó Brigitte.

—No se preocupe por mí: todo está previsto.

—No me preocupo por usted —replicó Brigitte—, sino por el *Blackstar*. Sería estúpido que a usted le ocurriese cualquier percance camino de regreso con sus amigos, y éstos, creyendo que nosotros habíamos jugado sucio, hicieran alguna barbaridad con el barco.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, provocar una fuga radiactiva, que podría ser terrible para muchísimas personas en muchas partes.

—En el mar no vive nadie —replicó Diosmediante.

—En el mar hay barcos. Pero además, la nube radiactiva podría esparcirse en muchas direcciones, alcanzando la costa de muchos países del Caribe. Vamos, señor Diosmediante, usted sabe perfectamente de qué le estoy hablando, ya que toda esto del secuestro del *Blackstar* proviene de lo ocurrido en la central nuclear rusa de Chernobil.

—Caramba —se pasmó Diosmediante—, ¡no entiendo qué tiene que ver una cosa con otra!

—Ya lo creo que lo entiende —dijo fríamente Brigitte—… Usted y sus amigos, por supuesto, se han enterado de la fuga radiactiva en la central rusa de Chernobil, y las consecuencias de ella en Polonia y en otros países cercanos, e incluso el peligro de que lo que llamamos «nube» radiactiva se extienda por toda Europa; peligro remoto, pero temible. Ustedes están jugando con esto para conseguir mil millones de dólares. Ustedes han planeado el secuestro del *Blackstar* porque saben que disponiendo de ese barco disponen de una… enorme bomba con la que pueden amenazar al mundo; tan sólo con que en el *Blackstar* se produzca una… grieta que propicie la fuga radiactiva, el miedo cundiría en toda la población costera del Caribe, y por supuesto también tierras adentro.

—¿Cómo va a cundir el miedo, si nadie sabe nada sobre el *Blackstar* ni que lo tenemos nosotros? —sonrió gélidamente Diosmediante.

—Ustedes se apresurarían, de ser necesario, a informar al mundo respecto a la verdad del barco «oceanográfico» llamado *Blackstar*, y que lo tienen ustedes. ¿Qué es lo que pretenden exactamente partiendo de esa idea obtenida con lo sucedido en Chernobil? ¿Provocar el terror en el Caribe, tal vez? Porque ustedes no buscan solamente el dinero, ¿verdad? Digamos que el dinero, esos mil

millones de dólares, es… una propina, pero no es eso lo que EN REALIDAD andan buscando o planeando. ¿Qué es lo que pretenden REALMENTE ustedes, señor Diosmediante?

Éste permaneció unos segundos contemplando fijamente a Lili Connors, con el vaso en alto, los ojos quietos, los labios apretados. Por fin, su mirada se desplazó lentamente hacia Cavanagh.

—¿Quién es esta mujer? —susurró—. Y no me vengan con mentiras estúpidas.

—Ya le hemos dicho… —empezó Cavanagh.

—Soy la agente Baby, de la CIA —dijo Brigitte—, y voy a permitirme decirle, señor Diosmediante, que no me gusta nada lo que ustedes están haciendo. No me gustan nada las personas que juegan con fuerzas de destrucción. Así que escuche bien esto: puesto que han sido lo bastante listos para secuestrar un barco bien custodiado por fuerzas especiales de los Estados Unidos, quédense con el dinero tan hábil y valientemente ganado, y que les aproveche…, pero si por culpa de la torpeza o la maldad de ustedes en ese barco ocurre algo nocivo para alguien, será mejor que se suiciden antes de que yo les ponga las manos encima. ¿Me ha entendido?

Diosmediante estuvo unos segundos mirando de nuevo fijamente a Brigitte. Luego aplastó el cigarrillo en un cenicero, terminó su Martini, se puso en pie, y se colocó las gafas, velando sus ojos a las miradas de todos. Fue hacia la puerta del salón, y allí se volvió y apuntó a Brigitte con un dedo.

—Lamentará haberme amenazado —susurró.

—No olvide lo que le he dicho —replicó ella gélidamente.

Jesús Diosmediante dio media vuelta, abandonó el salón, y, poco después, se alejaba con su lancha, llevándose una buena cantidad de bolsas de plástico impermeable conteniendo la nada despreciable cantidad de mil millones de dólares USA. Desde la borda, Brigitte y Cavanagh le estuvieron mirando alejarse hacia el sur, navegando sin prisas sobre un mar que parecía de acero fundido. A Brigitte no le gustaban aquellos días de calma chicha, que ella llamaba de calma muerta; le gustaba más el mar cuando se movía, cuando formaba olas y espuma…, aunque no demasiadas, claro.

—Cabe suponer —murmuró Cavanagh— que ese hombre debe de haber tomado sus precauciones por si decidimos seguirlo, y que

asimismo habrá previsto la posibilidad de que en algunas de las bolsas con dinero hayamos colocado emisores de señales para mantenerlo localizado a distancia.

—Sí, debe de haberlo previsto todo. Es muy inteligente.

—Usted lo es más que él, estoy seguro de ello —la miró Cavanagh—. De modo que he comprendido que si lo ha provocado y amenazado ha sido por algo concreto y conveniente. ¿Por qué lo ha hecho?

—Sólo he querido que él supiera que si hace algo que no me guste le cortaré la cabeza personalmente.

Cavanagh se quedó mirando incrédulamente a Brigitte, pero comprendió que por el momento no obtendría de ella otra respuesta, así que optó por aceptar la que tenía.

—Esperemos al menos —dijo con el ceño fruncido— que el truco del cigarrillo dé resultado.

—Llamen al helicóptero, para que lleve el papel a nuestros laboratorios —asintió Brigitte.

Entró en el salón, y fue a sentarse en el mismo sitio que antes. Sobre la mesita estaba el cigarrillo con el filtro roto, que Diosmediante había cogido entre sus dedos. Los listos no siempre son tan listos como se creen. Por ejemplo, en el caso de Jesús Diosmediante, lo del encendedor había sido una cortina de humo, ya que el verdadero truco estaba en el cigarrillo, de papel especial, capaz de retener impresas unas huellas digitales por muy levemente que el papel hubiera sido tocado.

Brigitte metió el cigarrillo en una bolsita de plástico, que poco después viajaba en un velocísimo helicóptero hacia la Central de la CIA en Langley.

* * *

—El barco está ahora justo cruzando el Canal de Yucatán —señaló el mapa el agente de la CIA—, entre el cabo San Antonio de Cuba y el cabo Catoche de Yucatán en México. No hay problemas que nos resulten evidentes a nosotros, ni nada que nos llame especialmente la atención; sencillamente el *Blackstar* navega como si fuese un barco oceanográfico que viaja sin prisas. Nuestros submarinos no han detectado acercamientos ni contactos de ninguna clase. Claro

que si han decidido cambiar la onda de la radio…

—No creo que hagan eso…, de momento —rechazó Brigitte—. Saben que nos causaría inquietud, y por ahora no desean hacerlo. ¿Se sabe algo del viaje de nuestro «amigo» Diosmediante?

—Claro que no —se sorprendió el espía—: usted misma ordenó que no pusiéramos ninguna trampa de rastreo en las bolsas con el dinero, y también hemos obedecido sus órdenes de no acercarnos físicamente a esa lancha. Demonios, simplemente, a ese tipo lo dejamos marchar con mil millones de dólares…

—En bolsas impermeables —sonrió Brigitte.

—¿Qué quiere decir?

—Que es muy posible que ese dinero esté ahora en el fondo del mar —intervino Cavanagh—, a la espera de ser recogido con tranquilidad y garantías de seguridad. Cosa que quizá no consigan jamás, pues han cometido la torpeza de enfrentarse a la agente Baby.

—¡Pero qué amable es usted, señor! —exclamó Brigitte, riendo.

—Un momento, un momento —masculló el enlace de la CIA con las noticias que llegaban desde los dos submarinos que seguían de lejos el buque «oceanográfico»—… ¿Están ustedes diciendo que quizás esa gente jamás consiga recoger ese dinero del lugar donde lo han dejado caer, en el fondo del mar?

—Exactamente.

—O sea, que cuando los atrapemos les obligaremos a decirnos dónde lo dejaron caer, para recuperarlo nosotros.

—Eso sería lo ideal —asintió Brigitte—, pero o mucho me equivoco o esa gente no son de los que pueden ser cazados vivos.

—Es decir, que van a morir.

—Es lo más probable —dijo Brigitte fríamente.

—Pero entonces… ¿sólo encontraremos los mil millones de dólares?

—No los encontraremos de ninguna manera —dijo Cavanagh—: simplemente, se quedarán para siempre en el fondo del mar.

—¡Pero entonces habremos perdido mil millones de dólares! —aulló el agente de la CIA.

—No habremos perdido nada —dijo Brigitte.

—¡Cómo que no…! Un momento —los ojos del enlace se desorbitaron—… ¡No me digan que esos billetes que se llevó el

barbudo son falsos!

—Claro que no, qué torpeza tan absurda sería ésa, Simón… Se ha llevado billetes auténticos.

—Pero entonces… ¡hemos perdido mil millones de dólares!

—Me parece que usted aún no ha entendido lo que es el dinero —rió la divina espía—… ¿O sí lo ha entendido? Veamos: ¿qué es el dinero?

—¿El dinero? Bueno, pues… ¡Demonios, todo el mundo sabe lo que es el dinero!

—Me parece que no. Usted, por ejemplo, no lo sabe. O lo ha olvidado. El dinero es una cosa, y el oro es otra cosa, ¿comprende ahora? Si el señor Diosmediante se hubiera llevado oro, sí que habríamos perdido mil millones de dólares; pero lo que se ha llevado es papel impreso que dice que los Estados Unidos pagarán esa cantidad en oro a su entrega. Pero… ¿cómo podrían cobrar los mil millones en oro si no disponen de los billetes que acreditan su derecho a reclamarlos? O sea, que si recuperamos los billetes, bien. Y si no los recuperamos, no tiene la menor importancia. A fin de cuentas, la desaparición o destrucción de esos billetes sólo significa que nadie podrá nunca reclamar esa cantidad a Estados Unidos, de modo que no perdemos nada. Bueno, perdemos los billetes, pero los billetes, querido, son sólo papeles impresos…, de los cuales podemos tener todos cuantos queramos en cualquier momento. Sólo tenemos que ir a la Casa de la Moneda, y decir: Hey, Charlie, fabrícame unos cuantos billones de dólares más, que hemos perdido unos cuantos en el fondo del mar. ¿Comprende ahora?

—Demonios —sonrió el agente—… ¡Nunca lo había visto de este modo, francamente!

—Porque nunca se paró a pensar —sonrió Brigitte—. Bien, gracias por sus informes. Y siga informándonos cada hora. ¿Ha cenado ya?

—Unos bocadillos.

—Entonces le sentará bien una copa de champán. Venga.

Brigitte se tornó del brazo del agente, llevándolo hacia el rincón del salón del yate, donde Número Uno, ocupando un sillón, leía detenidamente las hojas mecanografiadas que formaban una copia del informe completo sobre Waldo Washington, el comandante del *Blackstar*. En una mesita ante él había una bandeja con bocadillos y

un cubo con hielo picado enfriando una botella de champán. Brigitte sirvió una copa a Simón, que miraba impresionado al hombre que se había convertido en una leyenda de la CIA: Clark Coleman, Número Uno.

Tan leyenda como la propia Brigitte Baby Montfort, que contemplaba socarronamente al enlace mientras le tendía la copa de champán. No menos socarronamente Cavanagh contemplaba la escena desde el otro extremo del salón. Por los ventanales corridos se veía la oscuridad de la noche.

Brigitte le tendió la copa al agente, diciendo:

—Tal vez usted piense que debimos traer champán para todos los de este yate, ya que estamos trabajando juntos, pero resultaría muy poco serio para la CIA. En cambio, nadie se escandalizará si Baby se toma unas copitas de champán mientras trabaja. Aunque dígame la verdad: ¿usted cree que esto es trabajar?

El hombre de la CIA miró alrededor. Había varias mesitas, asientos y luces repartidas por todo el salón. En las mesitas había gran cantidad de papeles, y sobre todo, mapas. Simplemente con todo esto, la agente Baby, Número Uno, y nada menos que *Mr*. Cavanagh llevaban horas y horas haciendo cábalas, y suposiciones respecto a la ruta y posibles propósitos de alcance catastrófico por parte de los secuestradores del *Blackstar*. Esto, hasta que habían llegado informes completos y otros complementarios sobre el comandante Waldo Washington, que Brigitte había repasado en solitario y luego los había entregado a Número Uno, para que él los estudiara a su vez sin haber escuchado un solo comentario por parte de Brigitte al respecto…

—Sí —dijo por fin Simón—, ya lo creo que es trabajar.

Se bebió el champán, sonrió, dijo gracias, y se dispuso a regresar a la sala donde se había instalado la potente emisora que comunicaba directamente la Central de la CIA con el yate puesto a disposición de Baby, y que continuaba anclado en Albermarle Sound.

En el momento en que el agente de la CIA abandonaba el salón comenzaba a oírse el rumor de un helicóptero. Cavanagh le hizo una seña a Brigitte, y salió en dirección a cubierta. Brigitte se sentó frente a Número Uno.

—¿Has encontrado algo interesante? —preguntó.

—Todo. Todo en Waldo Washington es interesante.

—Quiero decir algo… especial —sonrió la divina.

—No. Todo lo que se me ocurre decir de Waldo Washington es que a Estados Unidos le iría muy bien tener muchos hombres como él.

—Sí, lo mismo pienso yo. Sin embargo, sigo pensando que no es tan fácil apoderarse de un barco como el *Blackstar*… No es fácil sin la ayuda de alguien importante, quiero decir. Porque una cosa es que unos paracaidistas más o menos valientes se dejen caer sobre una isla, ¿recuerdas?[2], y otra cosa es que unos cuantos hombres consigan abordar un barco en el que viajan veinticinco hombres especialmente entrenados, y que no han de defender un gran territorio precisamente.

—O sea, que sigues pensando que ha habido traición.

—En alguna parte y por parte de alguien, sí —asintió Brigitte.

—Siempre serás una perversa.

—¿Es que no estás de acuerdo conmigo? —se sorprendió Brigitte.

—Sí, lo estoy.

—Entonces tú también eres un perverso —rió ella.

—Los dos somos perversos. Y también debe de serlo, evidentemente, tu «amigo» Jesús Diosmediante.

—Sobre el cual es posible que pronto sepamos algo —murmuró Brigitte. Llegó un momento en que el ruido producido por el helicóptero encima del yate fue atronador. Luego, comenzó a alejarse. Cavanagh reapareció, portando un paquete que depositó sobre la mesita frente a Brigitte. Cuando el paquete fue abierto aparecieron docenas de fotografías y una carpeta que contenía tres páginas mecanografiadas.

Las fotografías correspondían todas al mismo hombre. Y no eran muy variadas, sino que sobre cinco o seis se había procedido a obtener muchas ampliaciones.

El hombre debía de tener poco más de veinte años, era moreno, de ojos grandes, inteligentes, limpios… Brigitte tomó un rotulador, y le pintó una barba como la que habían visto aquella mañana en el rostro de Jesús Diosmediante.

Ni Cavanagh ni Número Uno mostraron excesiva sorpresa al comprobar que Jesús Diosmediante y el joven de las fotografías

eran la misma persona.

—Pero no se llama Jesús Diosmediante —dijo Brigitte, tras tomar la carpeta y echar un vistazo a la primera de las páginas fotografiadas—, ni es norteamericano, como él pretendió hacernos creer: su verdadero nombre es Luis Octavio Cardenal, de nacionalidad colombiana, y todos estos datos que hemos conseguido de él los debemos al FBI, que se interesó por el muchacho cuando estuvo varios años en Estados Unidos cursando estudios en la Seton Hall University, en South Orange, New Jersey.

—Qué casualidad —dijo fríamente Número Uno—: la misma universidad en la que estudió el comandante Waldo Wasghinton.

Cavanagh estuvo unos segundos mirando de uno a otro espía con expresión de sobresalto, despavorido.

Por fin, masculló:

—Maldita sea… ¡Ya sabemos por dónde se ha producido la traición! ¡Tenía que ser algo así! Ahora ya tenemos la explicación del porqué esa gente ha conseguido tan fácilmente apoderarse del *Blackstar*: ¡El propio comandante del barco es cómplice de ellos!

—Hay que ver qué cosas tiene la vida —sonrió Brigitte.

—¿Dónde tiene fijada su residencia ese Luis Octavio Cardenal? —preguntó Número Uno.

—En la isla de San Andrés —replicó Brigitte, tras otra mirada a la documentación recibida—… No he estado nunca en ese lugar.

—¿No ha estado nunca? —exclamó Cavanagh—. ¡Yo ni siquiera sabía que existiera!

—Vamos, no sea exagerado —le reprendió Brigitte—. Usted sabe perfectamente que la isla de San Andrés pertenece a Colombia, y que se halla situada al nordeste de esta nación, a unos doscientos kilómetros el este de la Costa de los Mosquitos de Nicaragua. Hay en esa zona otras pequeñas islas que también pertenecen a Colombia.

—Pero… ¿qué hay en esas islas?

—Me parece que café y otras cosas de esas tropicales —sonrió la divina espía—… Y turismo.

—¡Turismo!

—Sí. Ya sabe: uno se va de vacaciones a un lugar generalmente agradable y diferente al que habitualmente vive, y se gasta un buen dinero pasándolo divinamente, degustando especialidades

gastronómicas, asistiendo a festejos folklóricos locales, visitado museos y teatros, pescando… Cosas para pasarlo bien en la vida.

Cavanagh estuvo unos segundos mirando de Brigitte a Número Uno y viceversa.

Por fin, sonrió y dijo:

—Apuesto cualquier cosa a que ustedes se las sabrán arreglar para pasarlo estupendamente en la isla de San Andrés.

Capítulo III

El avión de la Panam Air Lines tomó tierra en la pista asignada desde la torre de control del aeropuerto de San Andrés, y al poco los pasajeros descendían del aparato y se encaminaban hacia la recepción aduanal, donde, sin excepción, todos fueron admitidos en la isla colombiana.

Los pasajeros no eran muchos, pero aunque hubieran sido miles dos de ellos habrían destacado sin lugar a dudas: la pareja formada por la mujer de negros cabellos y ojos azules, y el atleta de más de metro ochenta de ojos oscuros y cabellos color cobre. Ambos espléndidos, él impresionantemente viril y ella absolutamente encantadora, dejando tras ellos una atmósfera de pasmo absoluto, salieron del edificio del aeropuerto seguidos por el mozo que con su carrito transportaba su equipaje, compuesto por cuatro maletas, dos bolsos de mano, una bolsa deportiva… La señorita Brigitte Montfort, la ciudadana norteamericana recién llegada a San Andrés, portaba personalmente además un maletín rojo con florecillas azules estampadas…

El mozo del aeropuerto llamó un taxi, y ayudado por el chófer cargó el equipaje de los recién llegados, que miraban con aspecto risueño a su alrededor. Es decir, sonreía la señorita Montfort. El señor Coleman no parecía tener la menor intención de hacerlo. Tal vez fuese por el calor. Había un sol restallante, terrible, cegador. Pero había también como un presagio de lluvia torrencial en el cielo de tonalidades violáceas. Las palmeras permanecían inmóviles, como dibujadas, como estampadas en un paisaje de tarjeta postal.

—¿Tienen reservas en algún hotel? —inquirió el taxista—. Puedo recomendarles uno excelente que…

—No queremos un hotel —le interrumpió amablemente Brigitte —: queremos un barco.

—¿Un barco?

—Un yate. Nos gustaría alquilar uno que estuviese en buenas condiciones y fuese confortable y rápido. Pero que no sea demasiado grande… ¿Cree que podría encontrarnos un barco así?

—Casualmente —sonrió el taxista—, tengo un amigo que tiene un amigo que posiblemente pueda proporcionarles lo que buscan.

—Estupendo —sonrió Brigitte, tendiéndole unos billetes—… Tenga: para usted, su amigo y el amigo de su amigo. Pero quisiéramos instalarnos en el yate cuanto antes.

—Cómo no —exclamó el hombre, que miraba sin creer la cantidad de dólares que había en aquella fabulosa propina—… ¡Cómo no, señorita, Cecilio les lleva ahorita mismo al mejor yate del mundo!

Una hora más tarde Brigitte y Número Uno estaban instalados en el yate. Su nombre era a ninguna, y no era, por supuesto, el mejor yate del mundo; pero sí era lo bastante grande para que los dos espías se sintieran cómodos, y se hallaba en buen estado tanto de aspecto como de motores. El amigo del amigo de Cecilio aceptó encargarse de proveerlos de comida y bebida, se cerró el trato a satisfacción de todos, y por el momento Brigitte y Uno quedaron solos en el yate. Desde la cubierta se divisaba la aguja de la Iglesia de San Andrés, tan característica. Había muchas embarcaciones de toda clase en el muelle, y en la costa abundaba la vegetación, y por entre ella, en lugar muy recoleto, casas de bello aspecto y colores luminosos. Las palmeras seguían inmóviles, el cielo se iba oscureciendo.

—Lloverá —dijo Brigitte.

—Aquí siempre llueve —dijo Uno—. Menos cuando hace sol, claro.

Ella rió, se colgó de su cuello, y lo besó en los labios. Se detuvo el tiempo, la vida quedó reducida a un beso tibio y hondo. Pasaron un par de gaviotas. Muy lejos se oía el zumbido de una lancha alejándose, dejando un surco de espuma refulgente en el transparente azul de aguas de ensueño.

—Estoy asustada —murmuró Brigitte tras el beso… No dejo de pensar en lo que puede estar tramando Diosmediante trayendo hacia aquí el *Blackstar*.

—No tienes por qué asustarte.

—¿No? Ese barco es una bomba espantosa, mi amor.

—Ya lo sé —acarició Uno la garganta de Brigitte—… Pero si Jesús Diosmediante quisiera hacerla explotar no la traería hacia su propia patria, hacia su propio lugar de residencia. Así que no la hará explotar.

—Pero puede ocurrir un accidente, que provocaría una tragedia.

—Eso sí —asintió Uno—. Pero no les daremos tiempo. Por la mañana, si tus Simones han cumplido su parte, empezaremos a trabajar para darle una buena lección al señor Diosmediante, es decir, al señor Luis Octavio Cardenal. Mientras tanto, y a la espera de que traigan al yate las provisiones, sugiero un paseo por San Andrés, un aperitivo, y luego una agradable cena antes de retirarnos a descansar… mientras prosigue nuestra luna de miel.

—Nada de esto importa nada, ¿verdad? Puede ocurrir una horrible catástrofe, pero tú estás conmigo y eso es lo único que te importa.

—¿Te parezco egoísta?

—Sí.

—De acuerdo —aceptó Uno—, lo soy. Pero la culpa no es mía: simplemente, no he encontrado a nadie más que a ti para dedicarle mi tiempo y mi amor. Yo no tengo la culpa de que los demás no merezcan amor ni consideraciones de ninguna clase.

—Lo triste de todo esto —susurró Brigitte— es que tienes razón.

* * *

Los agentes de la CIA encargados de apoyar la acción de Baby y su acompañante cumplieron su parte a la perfección: a la mañana siguiente, muy temprano, cuando los dos espías fueron a dar un paseo en yate, encontraron en el sitio convenido la pequeña boya que flotaba en las aguas transparentes de la pequeña cala silenciosa.

De la boya pendía una sólida bolsa de plástico opaco e impermeable, que fue recogida y abierta sobre la cubierta del a ninguna. Del interior de la bolsa Número Uno sacó un aparato parecido a un televisor miniatura. El espía lo activó, y en la pequeña pantalla de apenas tres pulgadas apareció enseguida un punto luminoso, como una graciosa bengala roja, al tiempo que se oía un silbido intermitente.

Brigitte y Uno se miraron con expresión incrédula.

—Ese tipo debe de estar chiflado —mascullò Uno—: ¡ha venido hasta su lugar de residencia con la lancha cargada con mil millones de dólares!

—¿Cuánto crees que tardaríamos en localizarla con el «Searcher»[3]?

—Se localiza rápidamente. Sólo hace falta saber si tendríamos acceso a ella, pues podría estar en un embarcadero privado, o custodiada por varios hombres armados…, o en el fondo del mar, a una profundidad inalcanzable. Lo seguro es que está a menos de cien millas y que localizarla con el «Searcher» no es ningún problema. Pero me estoy preguntando si el dinero está en la lancha. No parece razonable.

Brigitte asintió. Del interior de un tupo de plástico rígido herméticamente cerrado sacó unos papeles, que resultaron ser mapas y planos de la isla y de la ciudad; la diminuta ciudad que resplandecía al sol matinal. Había caído una tormenta durante la noche, pero era sólo un lejano recuerdo… Lejano y agradable, pues los dos espías la habían escuchado cayendo sobre el yate como si fuese música mientras ellos hacían el amor…

El trabajo de los agentes de la CIA estaba resultando impecable. En el informe que presentaban decían que el señor Luis Octavio Cardenal no había sido nada difícil de localizar en la isla de San Andrés. Indicaban el nombre y número de la avenida donde vivía, en una hermosa casa rodeada de árboles frondosos que sombreaban unos extensos jardines. El señor Cardenal era muy conocido y estimado en la isla, y ciertamente estaba considerado como un ciudadano colombiano prominente, de muy alto nivel profesional, cultural y humano. Toda su familia era muy rica desde hacía mucho tiempo, y, por supuesto, poseían tierras y negocios en el continente… La personalidad del falso Jesús Diosmediante se iba concretando, y cada vez resultaba todo más asombroso e increíble.

Su residencia estaba indicada en el plano de la ciudad y en los mapas: Avenida de la Intendencia, 1888.

El «Buscón» seguía emitiendo su destello y su silbido intermitente indicador de que la lancha estaba a menos de cien millas. La lancha *Libertad* a cuya quilla había sujetado Número Uno el detector del «Buscón» mientras Jesús Diosmediante conversaba en el yate con Brigitte y *Mr*. Cavanagh…

—Si nos acercamos a esa lancha —susurró Brigitte— el señor Luis Octavio Cardenal seguramente se enteraría, y podríamos complicar las cosas. De modo que no nos acercaremos…, por el momento. Nos acercaremos a él.

—¿Y crees que él no se enterará si nos acercamos?

—Claro que sí —sonrió Brigitte—… Pero a ningún hombre le molesta que se le acerque una mujer bonita.

—Salvo que sea homosexual —puntualizó Uno.

—No hay cuidado en eso, pues también está previsto. —La divina soltó una carcajada—… ¡Si Cardenal nos resultase homosexual serías tú el encargado de hacer contacto con él!

* * *

Ni por lo más remoto parecía que el señor Luis Octavio Cardenal fuese homosexual, ni nada que se le aproximase, pues no había dejado de mirar a la hermosa mujer de los ojos negros desde que ésta apareciese en el lujoso salón-comedor del Hotel Las Américas, sito frente a la bahía donde parecían palpitar las luces de los yates anclados en sus aguas de cristal. Yates la mayoría de los cuales enarbolaban la bandera de los Estados Unidos de América…

La hermosísima mujer había ocupado una pequeña mesa situada de modo que podía contemplar a sus anchas la bahía…, mientras Luis Octavio la contemplaba a ella, aunque no a sus anchas, pues él estaba acompañado por numerosos amigos de ambos sexos que, al parecer, celebraban alguna fiesta, y tuvo que adoptar una actitud discreta pese al impulso que sentía hacía aquella dama de belleza extraordinaria.

En cualquier caso, fue inevitable que los amigos de Luis Octavio se dieran cuenta de su interés por la dama, por la sencilla razón de que era imposible que la presencia de ésta pasara desapercibida. Incluso, alguien hizo el comentario de que tal vez la elegante y bella mujer que había acudido sola a tan exclusivo lugar lo hubiera hecho con la intención de marcharse acompañada…

Pero las murmuraciones y las bromas cesaron cuando apareció el hombre que se acercó a la dama: alto, delgado y atlético, de facciones angulosas y viriles, ojos oscuros.

—Acaban de arrebatarle la conquista a Luis Octavio —deslizó la

broma uno de sus amigos.

Los demás rieron. Luis Octavio Cardenal sonrió cortésmente, pero no perdía de vista a la mujer. Ella también era alta, elegante, de piel que parecía hecha de seda y sol. Llevaba un vestido azul pálido, sin hombros ni mangas, que permitía observar la belleza bronceada de sus hombros y la tersura de sus senos… Había alzado sus negros ojos hacia el recién llegado, que no se había sentado, ni parecía tener intención de hacerlo. La relación entre ambos no parecía precisamente cálida. Estuvieron conversando quizá medio minuto, sin alterarse, sin mostrar expresión alguna en sus facciones. Luego, el hombre dio la vuelta y se marchó. La hermosísima dama terminó su aperitivo y pidió la cena…

* * *

—Perdone —murmuró Luis Octavio—… ¿No nos hemos visto antes?

Brigitte Montfort le miró. De nuevo ella estaba disfrazada, con lentillas de color oscuro velando sus ojos azules y rellenos diferentes en el rostro, pero sin peluca rubia esta vez. En cuanto a Cardenal, en esta ocasión no llevaba, por supuesto, gafas para el sol, y, además, se había afeitado la tupida y larga barba con la que días atrás apareciera en el yate donde había concertado la cita para recibir los mil millones de dólares.

—Me parece que no —replicó fríamente la espía.

—Le ruego que no me tome por uno de esos conquistadores de medio pelo, y perdóneme si insisto, pero… estoy seguro de que la he visto antes.

—Muy bien, usted sabrá.

—La he estado observando durante la cena, pero no he conseguido recordar dónde y cómo nos conocimos… Soy Luis Octavio Cardenal.

—Escuche —le miró fijamente Brigitte—, usted y sus ruidosos amigos ya me han fastidiado bastante durante la cena. ¿No podría ser tan amable de marcharse con ellos y dejarme en paz? Seguramente le están esperando afuera.

—Pues no —sonrió Cardenal—: les he dicho que terminen la noche sin mí.

—Ya. Acláreme una cosa: ¿qué se ha creído que soy yo?

—Una dama muy hermosa que tal vez agradecería un poco de compañía simpática y bien intencionada.

—Me permito dudar de la bondad de sus intenciones…, y en cuanto a lo de simpático, francamente, no me lo parece usted en absoluto, señor.

—Quizá se lo parecería si me diese alguna oportunidad.

—Escuche, usted ha acertado en una cosa: soy una norteamericana rica que ha venido a pasar unos días en un lugar agradable. Pero le aseguro que no es compañía lo que busco.

—¿Pues qué busca usted? —sonrió Cardenal.

Ella iba a contestar, pero desvió la mirada hacia la puerta del salón comedor, y Luis Octavio vio cómo sus sonrosados labios se apretaban un instante. Se volvió a mirar hacia la puerta, y vio al sujeto de antes, que los contemplaba inexpresivamente. De pronto, el hombre dio la vuelta y desapareció.

La mirada de Brigitte regresó a los ojos de Cardenal.

—¿Sabe lo que busco? —susurró—: que los hombres me dejen en paz de una maldita vez. Todos ustedes son unos… unos…

—Un momento, un momento —alzó las manos Luis Octavio—… ¡Si se ha enfadado con su marido no me lo haga pagar a mí!

La expresión de la bellísima cambió. Apareció el pasmo en su rostro.

—¿Mi marido? —Desvió un instante la mirada hacia la puerta—. ¿Cree usted que ese hombre era mi marido?

—Pensé que podía serlo.

La belleza morena estaba más que pasmada. De pronto, soltó una carcajada. Luego, con expresión intrigada, contempló a Cardenal, y finalmente dijo:

—Pero si usted creyó que yo estaba aquí con mi marido…, ¿cómo se le ha ocurrido venir a molestarme?

—Pensé que él se había marchado para no volver. Eso aparte, no he pretendido molestarla. Y finalmente, lo crea usted o no, estoy seguro de que nos conocemos, y mi intención era sencillamente saludarla.

—Vamos, no haga chistes, señor… ¿Cómo ha dicho?

—Cardenal. Luis Octavio Cardenal.

—Cardenal. Qué apellido tan curioso, ¿verdad?

—No más que Conejo, Lechuga, Paredes…, o los apellidos ingleses Stone, Flower o Horses.

Ella se echó a reír.

—¿Habla usted inglés? —se interesó.

—Tan bien como usted el español. O al menos lo suficiente para saber que Stone significa Piedra, Flower significa Flor, y Horses significa Caballos. Ya ve que en cuestión de apellidos hay muchas cosas curiosas.

—Su apellido me ha recordado súbitamente la ciudad de Roma… ¿Ha estado usted en Roma, señor Cardenal?

—Sí. Pero no fue allí donde conseguí el apellido.

Ella volvió a reír. Su interés por él iba en aumento, y Luis Octavio se daba perfecta cuenta de ello. De lo que no se daba cuenta era de que se estaba metiendo de lleno en la telaraña tejida para él por la agente Baby.

—Quizá me haya equivocado con usted —dijo ella—… Quizá sí que es un poco simpático. Puede sentarse, si quiere, señor Cardenal.

—Podríamos hacer dos cosas —replicó él—. Una de ellas marcharnos a un lugar digamos algo más divertido y menos serio que éste. Otra, tratarnos con un poco menos de formalidad; por ejemplo, usted podría llamarme, simplemente, Luis Octavio.

—En cuyo caso, usted debería llamarme a mí Loretta… Y dígame, Luis Octavio: ¿cuál es ese sitio… digamos algo más divertido y menos serio que éste? ¿Su apartamento o su encantador chalecito, tal vez?

—Hagámoslo de otro modo, para que su suspicacia desaparezca: vamos adonde usted quiera.

—Pues la verdad es —rió Loretta— que me gustaría ir… a un sitio más divertido y menos serio que éste.

Luis Octavio Cardenal se echó a reír, encantado de la vida. Ella se puso en pie, él le tendió el brazo, y se encaminaron hacia la puerta…

* * *

Apoyado en el hueco del cristal de la portezuela del coche que le había conseguido Cecilio, Número Uno contemplaba incrédulamente la lancha Libertad, en la que el barbudo Jesús

Diosmediante se había llevado mil millones de dólares.

Ahora la lancha estaba amarrada en un rincón del pequeño embarcadero de un hotel de lujo ubicado en una diminuta e idílica cala en la costa oeste de San Andrés, apenas a dos kilómetros de la ciudad. El hotel se llamaba El Balneario, y su entrada era una orgía de palmeras y flores. Había un amplio estacionamiento, una rotonda con camino que discurría por delante de la entrada al edificio del hotel, y luego, a la derecha, otro camino que conducía al embarcadero privado. Allá, en aquel embarcadero muy bien iluminado, estaba la lancha Libertad.

¿Estaría soñando?

Durante un par de minutos, con la desconfianza de años y años de duras experiencias, el mejor espía de todos los tiempos estuvo observando la lancha, en la que no se veía a nadie ni había luz alguna. ¿Habían abandonado la lancha en semejante sitio? Esto le pareció absolutamente absurdo…, a menos que alguien quisiera que la lancha fuese encontrada tarde o temprano. Sí, debían de querer que fuese encontrada, pues de no ser así podrían haberla hecho desaparecer para siempre en el fondo del Caribe. Aunque la hubiesen utilizado para llegar desde la costa de Estados Unidos hasta la costa centroamericana, podían haberla hundido luego en la Hoya de Yucatán o en la Fosa de los Caimanes, por ejemplo…

El «Buscón» seguía emitiendo su característico sonido, con intensa fuerza. Como ya no lo necesitaba, Número Uno lo apagó, y volvió a mirar hacia el embarcadero. No había nadie allí, la gente debía de estar cenando o quizás en alguna de las encantadoras discotecas de San Andrés.

Súbitamente decidido, Uno puso de nuevo el motor en marcha, y salió de los terrenos de El Balneario. Dejó el coche discretamente estacionado a unos doscientos metros, y regresó a pie. Entró de nuevo en el recinto del hotel, y se fue directo al embarcadero, desde el cual saltó silenciosamente a la lancha Libertad.

Seguía sin gustarle el asunto. Las cosas no eran tan fáciles nunca, en espionaje. Y esta vez lo estaban siendo: mientras Brigitte tenía localizado y por supuesto bien controlado a Diosmediante, él había encontrado la lancha. Qué bien, qué bonito.

Empujó la puerta de la cabina-vivienda, cuyo interior estaba oscuro. Desde el embarcadero, por detrás de Número Uno, llegaba

una más que aceptable iluminación, gracias a la cual pudo ver bien el pequeño habitáculo, en el que no había nadie. Terminó de entrar, cerró la puerta, y encendió la luz. Había visto cientos de lanchas como aquélla, con el habitáculo muy bien aprovechado, apto incluso para cuatro personas.

Ni siquiera valía la pena hacerse la pregunta: ¿estaban todavía en la lancha los mil millones de dólares?

Capítulo IV

—Hay cosas que no se pagan con dinero —dijo Loretta—, y una de ellas es su compañía, Luis Octavio. Ahora me alegro muchísimo de que me abordara usted en el hotel: lo he pasado maravillosamente.

Luis Octavio Cardenal asintió, sonriente, dirigiendo una mirada hacia el yate a ninguna.

—Si la despedida tuviera lugar en tierra firme le pediría que me invitase a la última copa —deslizó, pero supongo que no tiene usted nada que ofrecerme a bordo.

—Se equivoca —corrigió Loretta—: puedo ofrecerle incluso champán. La cuestión no está en si puedo o no, sino en si quiero o no ofrecérselo.

—¿Y… no quiere usted?

—¡Por supuesto que sí! —rió una vez más la bellísima Loretta, disponiéndose a abordar el yate.

Era verdad que lo había pasado divertido. En parte porque Cardenal era realmente un hombre simpático, culto, muy agradable. En parte porque su corazón de espía se estremecía de júbilo ante la jugada en la que, una vez más, manejaba a su adversario a su capricho. Pero, en el fondo de la mente de la agente Baby había como una… disconformidad con los hechos. Su mente se negaba a admitir que las cosas estuviesen ocurriendo tan sencillamente, tan fácilmente. Su retorcida mente de espía, simplemente, se negaba a admitir lo que parecía tan sencillo y evidente.

Recorrieron la pasarela, llegaron a la cubierta, y ella lo guió hacia el interior del yate, que estaba iluminado discretamente. Cuando estuvieron en el salón, Cardenal suspiró cómicamente, y dijo:

—Menos mal… ¡Temía encontrarme aquí a su amigo, o lo que sea! La verdad, parece un hombre de cuidado. ¿Él también está instalado aquí?

—Sí. Pero no se preocupe: Clark sabe muy bien cuándo su presencia no es conveniente.

—No quiero parecer pesado o estúpido, pero si han venido ustedes juntos desde Estados Unidos…

—No se obsesione. Él es solamente un buen amigo que me está ayudando a conseguir el divorcio de mi riquísimo marido… Riquísimo, viejísimo, malísimo y yo diría que incluso repugnantísimo.

—Ah… Ya, bien… Sí, de acuerdo.

—Quizá se lo explique bien en otro momento —rió de nuevo Loretta—. Por ahora vamos a celebrar usted y yo mi próxima libertad sin perder la clase de vida opulenta que vengo disfrutando desde hace más de tres años… Cielos, ¡más de tres años soportando a ese…!

Calló de pronto, frunció el ceño, y quedó sombría. Pero fue sólo un instante. Enseguida volvió a sonreír, fue hacia el frigorífico, y sacó de él una botella de champán, que Cardenal descorchó mientras ella proveía las copas. El chasquido del corcho apenas se oyó. Cardenal escanció la bebida en las dos copas, alzó la suya, y murmuró:

—Por su libertad, Loretta.

Ella sonrió, bebió un sorbito sin dejar de mirar los ojos de él, y amplió su sonrisa cuando vio la mirada de él bajar hacia su escote. Cardenal le quitó suavemente la copa de entre los dedos, la dejó junto a la suya, y le puso las manos en los hombres, atrayéndola.

—Quiero pasar esta noche contigo —susurró.

—Eso no puede ser —susurró también ella.

—Podríamos ir a mi villa. Te gustará…, y nadie nos molestará allí.

—No… No, por favor…

Mientras hablaba, Luis Octavio Cardenal había bajado con un gesto leve de un solo dedo la ropa que cubría apenas el pecho de Loretta, dejando al descubierto los senos, altos, turgentes, henchidos de sol, pletóricos de vida… Cardenal los besó, pero ella le tomó el rostro entre sus manos y le obligó a incorporarse. Entonces él la beso en la boca, mientras acariciaba los pechos que parecían de seda y oro…

Los dos oyeron el leve rumor en la cubierta, y luego el confuso

pisar de alguna persona o personas.

Cardenal masculló una maldición. Loretta retrocedió un paso, alejándose de él mientras se colocaba bien el vestido… Primero entró un hombre, y enseguida otro. Ninguno de ellos era Clark, y ambos empuñaban una pistola provista de silenciador.

Luis Octavio Cardenal abrió la boca, y de ésta comenzó a brotar el aire que empujaría la primara palabra.

Uno de los sujetos le apuntó al pecho y disparó por dos veces, velozmente, de modo certero e implacable, sin inmutarse.

Plop, plop, chascó delicadamente el arma.

Luis Octavio Cardenal se atragantó con aquel aire que comenzaba a brotar de su cuerpo, emitiendo un extraño gemido ronco y siniestro; se llevó las manos al pecho, se encogió, y cayó lentamente de bruces, quedando encogido, crispado, tétrico y patético. Loretta estuvo unos segundos mirándolo, inexpresivo el rostro. Por fin, miró a los dos hombres, que la apuntaban con sus armas.

—Acompáñenos —dijo el que había disparado contra Cardenal —… Sin rechistar, o la matamos también.

Loretta apretó los labios, se ganó una irónica aprobación por parte de los dos sujetos, y el que hasta entonces no había dicho nada, indicó:

—Saldremos del yate juntos y tranquilos, y usted entrará en al coche que nos está esperando. No se complique la vida, preciosa, ¿de acuerdo?

—Sí.

—Bien. Así me gustan a mí las mujeres: bonitas, pero inteligentes.

Salieron del salón del yate, recorrieron la cubierta y la pasarela, alcanzaron el muelle. Uno de los sujetos señaló hacia el fondo de éste, y caminaron hacia allí. Apareció silenciosamente el automóvil, que se detuvo ante ellos. El sujeto que no había disparado entró, Brigitte lo hizo detrás, y el otro detrás de Brigitte. En la parte delantera del coche había dos hombres: el que conducía y otro. Éste se volvió.

—¿Todo bien ahí dentro?

—Sí. Ve a hacer tu parte. Nosotros vamos con el Doctorcito.

El hombre salió, y Brigitte le miró por la ventanilla caminando

hacia al yate. El coche arrancó. En cuestión de segundos Brigitte perdió la panorámica del embarcadero. Dejó de ver al mar, los yates, las diversas embarcaciones allí amarradas… ¿Qué iba a hacer aquel tercer hombre al yate? ¿Esperar a Número Uno? Pensó que el pobre sujeto sólo merecía compasión, pero, inevitablemente, el pensamiento cruzó por su mente: nadie es siempre infalible e invencible.

Ni siquiera Número Uno.

* * *

Número Uno estaba llegando al muelle pilotando la lancha Libertad cuando vio el yate a ninguna pasando muy cerca él. Frunció el ceño, se aseguró de que era el a ninguna utilizando los viejos prismáticos que había en el salpicadero de la lancha, y luego, miró con ellos hacia la cabina de mandos, en la que distinguió, aunque no muy bien, la figura de un hombre. Podía o no ser Diosmediante, pero lo seguro era que no se trataba de Brigitte.

Impasible el rostro, Uno maniobró para colocarse detrás del yate, al que comenzó a seguir manteniéndose a distancia. Se dio cuenta de que la ruta del a ninguna le llevaba a dar la vuelta a la pequeña isla, y, siempre manteniendo la distancia, navegó tras él sin perder de vista las luces de navegación.

De repente, dejó de verlas. Comprendió en el acto que, tal como él estaba haciendo, el hombre que pilotaba el yate había decidido proseguir la navegación sin luces de ninguna clase. No había luna; sólo, en la bóveda oscura, las estrellas, de brillo intenso. El suficiente para que, al poco, distinguiera el blanco casco del a ninguna.

Se había detenido. Flotaba ahora sin mando ni control alguno. En la cabina de mandos no se veía a nadie. Tampoco en cubierta. Todas las luces del yate estaban apagadas, incluso las del interior. Número Uno enfiló la lancha en aquella dirección, y detuvo el motor cuando calculó que ya no lo iba a necesitar. Llegó junto al yate, maniobró para no chocar con él, y, dejando que la lancha se alejara siguiendo todavía el leve impulso, saltó, se agarró a la borda del yate, y en un instante estuvo en cubierta.

Sin perder un instante, se adentró en el yate, vislumbró un

reflejo de luz a la derecha, y comprendió en el acto que había alguien en la pequeña sala de máquinas. Descendió silenciosamente la escalerilla, llegó al sollado, y vio el recuadro de luz. De espaldas, un hombre, cuya silueta se recortaba confusamente al resplandor de una linterna cuya luz dirigía hacia sus pies. El hombre estaba acuclillado.

Número Uno se acercó. El hombre estaba absorto en su labor, y no se daba cuenta de nada. Se oía tenuemente el golpeteo del agua del mar contra el casco del yate.

Número Uno se inclinó un poco, y apoyó la boca del silenciador en la nuca del hombre, que respingó.

—Ponga las manos sobre la cabeza y salga de ahí retrocediendo —ordenó Uno.

El hombre titubeó. No se decidía, no hacía nada, parecía haber quedado paralizado. Muy bien.

Número Uno alzó la pistola, y antes de que el otro tuviera tiempo tan siquiera de intentar reaccionar contra lo que intuyó, ya recibía el tremendo golpe que resonó dentro de su cabeza como una bomba, le hizo ver luces de todos los colores, y al instante siguiente lo sumergió en una negra y dolorosa oscuridad.

Uno agarró al sujeto por la ropa del cuello, y lo arrastró, dejando un reguero de gotas de sangre que brotaban de la partida cabeza del hombre. Lo dejó fuera del pequeño compartimiento de máquinas, se acuclilló dentro, y vio el explosivo con el mecanismo de detonación ya colocado. Lo retiró, lo dejó todo a un lado fuera del compartimiento, y volvió a agarrar al sujeto por la ropa del cuello, arrastrándolo ahora escaleras arriba.

Cuando, casi diez minutos más tarde, el sujeto abrió los ojos, su situación no era nada envidiable. Su turbia mirada vio, en primer lugar, el cadáver de Luis Octavio Cardenal, tendido en el suelo cerca de él. Luego, vio a Número Uno, que se hallaba sentado en un sillón, fumando y contemplándolo con tal inexpresividad que el sujeto se preguntó si el espía era de carne y hueso o una estatua.

—¿Tenías orden de hundir el yate con Cardenal a bordo? —preguntó Uno, en español.

—Sí —dijo con voz estropajosa el hombre.

—Pues la que esté hundida ahora es la lancha Libertad. ¿Sabes de qué lancha hablo?

—Sí… Sí.

—Bien. Puesto que habéis matado a Cardenal está claro que hay de por medio personajes más importantes que él en este asunto del secuestro del *Blackstar*… ¿Sabes de qué te estoy hablando?

El hombre titubeó, pero vio la negra mirada del espía fija en él y comprendió que tenía las mismas probabilidades de engañarlo que de ver llover hacia arriba. De modo que asintió, en silencio.

—¿Y quiénes son esas personas más importantes que Cardenal?

—No lo sé… ¡No lo sé, lo juro!

—¿Pero son ellas las que han ordenado que mataseis a Cardenal?

—Sí… Sí, sí. Le estuvimos siguiendo mientras estuvo con la mujer, luego los dos entraron en el yate, y entonces mis compañeros entraron detrás y lo mataron.

—¿Y la mujer?

—Se la llevaron.

—¿Adónde?

—A la villa…

—¿A la villa de Cardenal? —Frunció el ceño Número Uno.

—Sí, claro.

—¿Quién hay allí ahora?

—No lo sé… Nosotros no hemos entrado en la villa, siempre recibimos las órdenes por teléfono, en el *bungalow*.

—Se diría que hay en la villa de Cardenal alguien que gozaba de su confianza y que ahora lo ha traicionado, ¿no es así?

—No lo sé. Yo sólo obedezco órdenes. Escuche, si me desata puedo guiarlo hasta la villa rápidamente… ¡Cuanto más tiempo pierda más peligro hay de que maten a la mujer!

—No seas cretino —dijo desdeñosamente Número Uno—… ¿Crees que si yo temiera eso estaría aquí charlando contigo? Si quisieran matarla la habrían matado cuando mataron a Cardenal…, suponiendo que hubieran podido. Si no la han matado en el yate cuando mataron a Cardenal, significa que quieren tenerla viva, seguramente para conversar con ella. Y si eso es lo que están haciendo lo único que puedo sentir por esa gente es piedad. No saben con quién se las están viendo, Pero yo tampoco lo sé, y quiero saberlo. ¿Quién daba las órdenes a Cardenal y finalmente, cuando ya tuvo el *Blackstar* y el dinero, decidió eliminarlo?

—No lo sé. Sólo sé que nos dieron las órdenes esta misma noche…

—Ah. Ya entiendo. Es decir, que mientras cabía la posibilidad de que Cardenal no hubiera sido identificado ni localizado pensaban dejarle seguir viviendo, pero al aparecer nosotros esas personas han comprendido que Cardenal estaba en evidencia, y entonces es cuando han decidido matarlo… De acuerdo. Son cosas que pasan, en este trabajo. Veamos: ¿qué están tramando con respecto al barco *Blackstar*?

—No lo sé… ¡No lo sé! ¡Nosotros no sabemos nada de eso!

—Vosotros sólo sois asesinos a sueldo, ¿eh? Nada de complicarse la vida: matáis a quien os dicen, y a vivir ricamente de vuestro salario. Bueno, ya he entendido que Cardenal debía desaparecer, y, al desaparecer también el «a ninguna», la gente pensaría que ella y yo habíamos naufragado, y así nadie nos buscaría. Asunto terminado. Mientras tanto, ella está en manos de una gente que debe de tramar algo, ¿no?

—¡Le juro que no sé lo que traman!

—Y seguramente tampoco sabes dónde están los mil millones de dólares del rescate del *Blackstar*, ¿verdad?

—¿Qué? —jadeó el hombre—. ¿Mil… mil millones de… dólares?

—¿Tampoco sabías eso?

—¡Claro que no! —aulló el sujeto.

—Pues ya lo sabes ahora. Ellos se llevan mil millones de dólares y a ti te pagan con unos cuantos centavos. Siempre se trata así a la gente como vosotros, ¿no lo sabías? A cambio de eso vosotros sois fieles a vuestros amos hasta la muerte. ¿Se os puede llamar otra cosa que cretinos?

—Maldito Doctorcito —jadeó el sujeto—… ¡Maldito sea!

—¿Doctorcito? ¿Quién es el doctorcito?

El hombre miró como despavorido a Número Uno.

—No sé quién es… ¡No lo sé, sólo sé que le llaman así! Sólo sé eso, y que está en la villa… ¡No sé nada más!

—Pues entonces… ¿para qué demonios necesito yo que sigas viviendo? —deslizó Uno, sacando la pistola.

El rostro del hombre se desencajó, sus ojos se desorbitaron. Hubo un temblor en sus labios, una mueca brusca…

Plop, le metió Número Uno una bala en el corazón.

Inmediatamente, se desentendió de él. Tenía cosas más importantes en que pensar.

Por ejemplo, en lo que debía hacer aquella noche para acudir en ayuda de Brigitte. Porque aunque la quisieran con vida, eso podía ser transitorio nada más, y matarla cuando decidieran que ya no podían obtener más información o cualquier otra clase de provecho de ella. Igual que había hecho él con el asesino profesional que le contemplaba con ojos vidriosos…

Decidió en cuestión de segundos lo que tenía que hacer: tiraría al mar el cadáver del asesino profesional, y luego navegaría con el a ninguna hacia el embarcadero del El Balneario, donde había encontrado la lancha Libertad del fallecido Luis Octavio Cardenal. Dejaría el yate cerca del embarcadero en cuestión, trasladaría el cadáver de Cardenal al coche que había dejado cerca de El Balneario, y luego iría a visitar la villa de Cardenal, donde al parecer el personaje que tenía prisionera a Brigitte era un sujeto al que llamaban Doctorcito…

* * *

Saltó las verjas de la villa sin problema alguno, sin producirse tan siquiera un arañazo, y cayó sobre la dura tierra que todavía olía a lluvia. Por delante de él se extendía un breve aunque denso arbolado a través del cual, al otro lado, se divisaban algunas luces en la casa.

Decidió adentrarse en el arbolado. A medida que se acercaba a la casa veía con más claridad las luces de ésta, y, a su derecha, las de algunas farolas que iluminaban el sendero que iba desde la entrada a la mansión. Había un silencio irreal en aquel lugar.

Pero, de pronto, Uno oyó cerca de él como un aliento que explotase, y tuvo el tiempo justo de volverse y ver saltando hacia su cuerpo aquel par de ojos de fiera… Instintivamente, alzó las manos, y agarró entre ellas el poderoso cuerpo del enorme perro, que le escupió sus babas al intentar morderlo en pleno rostro.

Sintiendo un profundo escalofrío, Número Uno retrocedió bajo el impacto del animal, cuyo peso no debía de ser inferior a los cuarenta y cinco kilos. Su espalda chocó contra el tronco de un

árbol, lo que fue una suerte, pues de haber caído de espaldas al suelo quizá las cosas habrían terminado de modo muy diferente. Pero, afortunadamente conservando la posición vertical, y sujetando siempre entre sus manos el cuello del animal, al que sostenía ante él prácticamente a pulso, Uno estaba en condiciones de seguir luchando por su vida.

O creía estarlo, porque de pronto, cerca de él, oyó el gruñido de otro perro. Volvió la cabeza en esa dirección, y gracias a las luces de la casa y del sendero vio a la otra bestia cargando contra él. Los reflejos de años y años de lucha en defensa de su vida sirvieron también en esta ocasión para que el espía iniciase una defensa tan feroz como el ataque de los dos animales.

Se apartó de la línea de ataque del segundo, y, girando sobre sí mismo, utilizó al primero como una maza para golpear al segundo cuando éste repitió el ataque. El animal gruñó, el otro rugió y de nuevo quiso morder la cara de Número Uno, que también gruñó, giró de nuevo sobre sí mismo, y golpeó contra uno de los árboles al perro que sujetaba, justo por en medio del cuerpo, con la cruel intención de partirle el espinazo. El animal emitió un aullido de dolor y agonía que habría enternecido cualquier corazón…, menos el de Número Uno, que lo soltó, y se enfrentó al otro, que cargaba de nuevo contra él tras rodar por el suelo y alzarse velozmente.

Se apartó, y con el puño derecho golpeó al animal en el lado izquierdo de la cara, derribándolo en descompuesto revoltijo de pelo y gruñidos. Todavía estaba el animal poniéndose de nuevo en pie cuando Uno le golpeó con la punta del pie por debajo del vientre donde calculó que se hallaba el sexo. El animal saltó profiriendo un aullido tremolante y agónico, cayó un metro más allá, y quedó tendido, gimiendo lúgubremente.

Desencajado el rostro, Uno se volvió para localizar al otro y ver si todavía estaba en condiciones de atacarle…, y entonces oyó la crispada voz humana:

—¡Quieto! ¡No se mueva o lo acribillamos!

Número Uno quedó quieto, jadeando, sintiendo todavía escalofríos producidos por el ataque de los dos perros, que gemían ahora al unísono, como en queja hacia algo que no les había ocurrido jamás: encontrarse un ser humano más fuerte y fiero que ellos…

Uno sabía que había varios hombres alrededor de él. Como mínimo, tres, así que permaneció quieto. Oyó cuchicheos, y supo que estaban decidiendo quién se iba a encargar de llevar los perros a alguna parte y quién se iba a encargar de él… Oyó pisadas, y enseguida de nuevo la voz humana:

—Ponga las manos bien altas y siga caminando hacia la casa. Si no vemos sus manos muy altas en todo momento le dispararemos… ¿Va armado?

—Sí.

—Permanezca quieto.

—No se pongan nerviosos —recomendó el espía—… El Doctorcito y yo llegaremos fácilmente a un acuerdo.

Hubo unos segundos de insólito y hasta dramático silencio.

—¿Usted ha venido aquí en busca del Doctorcito? —Sonó de nuevo la voz, por fin.

—Naturalmente. He sabido que está en la villa.

—Sí, está en la villa…, pero no en esta villa, amigo.

Número Uno sintió un escalofrío que le produjo la impresión de que congelaba sus carnes para siempre. ¿Cómo que el Doctorcito no estaba en aquella villa? Esto significaba que, en definitiva, el hombre que pretendía hundir el a ninguna le había engañado, aunque sólo fuese en aquella parte… Fuese como fuese, si el Doctorcito no estaba allí, sin duda significaba que tampoco Brigitte estaba allí.

Entonces…, ¿dónde estaba Brigitte y en qué circunstancias de peligro se hallaba?

Capítulo V

Finalmente, en la sala donde llevaba rato esperando acompañada por los dos hombres que la habían capturado, apareció un tercer hombre, y, por un instante, ayudada un poco por el atuendo del sujeto, Brigitte comprendió que era el que llamaban Doctorcito.

Debía de medir poco más de metro sesenta, era delgadísimo, completamente calvo, y de rostro tan rasurado que en conjunto parecía una calavera. Había en su cara, en sus manos, en su cuello, algo… extraño que causó un estremecimiento a la espía internacional, la cual permaneció sentada en el sillón mientras el hombre se le acercaba observándola a su vez con indisimulable interés.

—Veamos —dijo con una voz que parecía salir desde las profundidades de una cañería obturada—: ¿quién es usted?

Brigitte seguía mirando al sujeto; que vestía un «mono» blanco manchado por líquidos que habían dejado en la ropa diversidad de colores y quemaduras. Sus ojos eran grandes; abismales, negros como la más negra muerte. Ahora que podía ver bien su cara Baby observó las extrañas grietas en la carne; y aquel color que parecía como de piedra gris… Era estremecedor, era algo escalofriante como pocas veces en su vida había encontrado Brigitte.

—Escuche —chirrió de nuevo la voz del hombre—, mi tiempo no es para perderlo estúpidamente. Si usted no quiere contestar a mis preguntas dígalo enseguida, la matamos seguidamente, y yo volveré a mi trabajo. ¿Me ha entendido?

—Sí… ¿Es usted el Doctorcito?

El escalofriante sujeto menudo y cadavérico dirigió una hostil mirada a los dos hombres que había en la sala, los cuales palidecieron. Luego miró de nuevo a la espía.

—Sí, me llaman el Doctorcito. Y ahora que ya sabe quién soy yo, sigamos: ¿quién es usted, qué pretendía de Luis Octavio?

—¿Yo de él? Nada. Él fue quien me invitó a…

—Él la invitó a lo que fuese porque tenía esas órdenes. Luis Octavio me llamó aquí por teléfono, dijo que temía haber sido descubierto y que le estaba vigilando una mujer, y entonces le dijimos que procurase hacerse con usted, llevarla a algún lugar adecuado para interrogarla. Sucedió en el yate, y la han traído aquí para que yo le haga preguntas.

—Pero usted engañó a Luis Octavio: no se esperaba ni mucho menos que usted hubiera ordenado su muerte.

—No me gustan las personas que hacen mal su trabajo. Y si usted le estaba vigilando es que le había identificado, y por tanto él había hecho mal las cosas. Me había sido muy útil, es cierto, pero su utilidad terminó en el mismo instante en que me llamó y dijo que temía haber sido descubierto. ¿Esto es así?

—Sí.

—¿Cómo pudieron descubrirlo?

—Como estudiante extranjero estaba en los archivos del FBI, a los que, naturalmente, la CIA tenemos acceso. Yo personalmente conseguí sus huellas dactilares durante nuestra entrevista en Kitty Hawk. Supimos su nombre y más cosas, y vinimos aquí, efectivamente, a vigilarlo. Tal como se presentaban las cosas me pareció buena idea hacer contacto con él para sonsacarlo.

—¿Y lo consiguió?

—Por supuesto —sonrió la espía.

—¿Qué le dijo él?

—En este momento no me acuerdo —amplió su sonrisa Brigitte.

El Doctorcito se quedó mirándola fijamente durante unos segundos. De repente se volvió hacia sus dos hombres, y dijo:

—Matadla. Luego buscad al hombre que Luis Octavio dijo que estaba relacionado con ella, y matadlo también…

Brigitte soltó una carcajada, lo que le valló una mirada de pasmo por parte de los dos asesinos profesionales y de perplejidad por parte del cadavérico personaje, que indagó:

—¿De qué se ríe usted?

—De su candor —replicó Brigitte—. Para matar a mi compañero necesitaría usted un millar de sujetos como éstos. Y aun así no les sería fácil.

—¿Sí? —sonrió de pronto el Doctorcito, insospechadamente—.

¿Acaso él es Superman?

En circunstancias normales (y al decir «normales» se incluye la circunstancia de peligro, a lo que Brigitte estaba acostumbrada) la espía habría seguido la broma, el diálogo falsamente relajante. Pero acababa de ver los carcomidos dientes del hombre, y sus encías. Fue un instante, un destello tras la sonrisa del Doctorcito, pero sirvió para que, de súbito, Brigitte supiera a qué se debía el… extraño e inquietante aspecto del Doctorcito: tenía lepra. No podía saber en qué fase o grado, pero tenía lepra… Y estaba segura de esto, porque ella nunca olvidaría la lepra…[4]

—Es usted una mujer peculiar —susurró el Doctorcito—… Si es la misma que estuvo con Luis Octavio en Kitty Hawk debe de ser la tal Baby, nombre que reafirma su peculiaridad. Pero si no recuerdo mal él me habló de una mujer rubia y de ojos verdes, no de una morena de ojos negros… O sea, que usted me está mintiendo.

Brigitte todavía sentía en lo más hondo de sus carnes los estremecimientos producidos por su descubrimiento sobre el Doctorcito. Pero se sobrepuso rápidamente y murmuró:

—Soy la misma mujer, sólo que entonces llevaba una peluca rubia y lentillas de contacto da color verde, además de rellenos en el rostro para alterar mi fisonomía.

El Doctorcito ladeó la cabeza, y sus ojos negros de muerte estuvieron escrutando largamente a su prisionera.

—O sea, que usted es de la CIA —susurró por fin.

—Sí. Y usted está perdido, haga lo que haga.

—¿Incluso si lo que hago es dejarla marchar viva a usted? —sonrió el Doctorcito.

—Es que si usted me mata —deslizó suavemente la divina— más le valdría no haber nacido, pues mis compañeros le harían tales cosas que en comparación la lepra le parecería a usted maravillosa.

—De modo que se ha dado cuenta —jadeó el Doctorcito.

—Tengo ojos en la cara.

—Unos ojos muy hermosos —asintió el Doctorcito—… Y un rostro muy hermoso. Y un cuerpo espléndido. Sí, cuanto más la miro más me voy dando cuenta de que es usted una mujer fuera de serie. Dígame: ¿le repugno?

—Para ser sincera no me siento precisamente atraída por usted. Y no sólo por la lepra… Es que presiento que usted está tramando

algo que sólo puede ser horroroso. Yo diría que incluso más horroroso de lo que significaría la explosión del barco *Blackstar*.

—¿Le gustaría saber lo que estoy tramando? —sonrió siniestramente el Doctorcito.

—Sí.

—De acuerdo. Se lo diré si antes accede usted a hacer el amor conmigo.

—Muy bien. Aceptado.

—¿De verdad lo haría? —exclamó el leproso, mientras los dos matones miraban sobresaltados a Brigitte.

—Sí.

—¿De verdad de verdad? Quiero decir… ¿participando aunque fuese mínimamente? Ya sabe lo que quiero decir, ¿no? Se trataría de que usted tomara parte activamente en el acto, no que simplemente se dejara penetrar por mí sin oponer resistencia. ¿Haría el amor conmigo en esas condiciones? ¿Tendría usted un orgasmo conmigo?

—Cuando menos le aseguro que mis intenciones serían ésas. Y yo siempre cumplo mi palabra.

—En realidad no hablaba en serio —susurró el Doctorcito—… Hace años que el sexo dejó de formar parte de mi vida.

—Mal hecho. Pero indudablemente eso tendrá una explicación… Digamos que se ha estado dedicando usted a cosas… más importantes. ¿Es eso?

—Sí.

—¿Qué cosas?

—Se lo explicaré cuando haya cumplido usted su parte del trato.

—Está bien. Por mí podemos empezar cuando usted quiera.

El Doctorcito sonrió de aquel modo que producía calambres en el estómago a quien le observaba, y se acercó más a Brigitte, sacando del bolsillo superior del blanco «mono» manchado lo que parecía un bolígrafo. Lo acercó a un brazo de Brigitte, que no tuvo tiempo de reaccionar como le habría convenido, debido a la sorpresa. Cuando comprendió que el Doctorcito no estaba utilizando realmente un bolígrafo con el que presumiblemente querría escribir algo en su brazo, ya sintió el leve pinchazo.

Apenas tuvo tiempo de mirar sobresaltada el rostro del leproso, ver su sonrisa horripilante, y quedar dormida.

* * *

El hombre había estado durmiendo, eso resultaba evidente. Pero el sueño había desaparecido de sus ojos nada más ver al prisionero, al que contemplaba con suma atención mientras terminaba de anudarse el sedoso batín de hermoso tono rojo. Le habían dicho que había entrado en la villa sin provocar la alarma, y que sólo los perros se habían percatado de su presencia… para desgracia de los perros, que estaban malheridos y que seguramente habrían muerto a manos del desconocido si la pelea hubiera continuado.

—¿Quién es usted? —preguntó por fin el recién despertado.

—¿Y usted? —inquirió a su vez Número Uno.

—¡Ésta es buena! —Se pasmó el otro—. ¡Soy yo quien interroga! Y si usted no contesta a mis preguntas le vamos a cortar los cojones.

—Hombre, tampoco hay para tanto —un destello irónico pasó por los negros ojos del espía—… Soy Número Uno.

—¿Número Uno? ¿De qué es número uno?

—De espionaje.

—¿Quiere decir que es de la. CIA? —Respingó al otro.

—Sí —aceptó Uno para no dar más explicaciones.

—Maldita sea… ¡De modo que se las arreglaron para engañar a Luis Octavio! ¿Lo han detenido?

—Si quiere que sigamos conversando tendrá que decirme quién es usted y qué hace en la villa de Luis Octavio Cardenal —deslizó Número Uno—. Ahora bien, si lo que quiere son complicaciones las va a tener, y muchas, si antes de quince minutos yo no llamo a mis compañeros por la radio de bolsillo.

—Lo que quiere decir que la villa está rodeada…

—Naturalmente.

El hombre hizo un gesto de abatimiento, suspiró, y se dejó caer en un sillón. Estuvo pensativo unos segundos antes de volver a mirar a Uno.

—Soy Rosendo Linares, amigo de toda la vida de Luis Octavio. Él me propuso que le ayudara en esto, y acepté. Nunca podría negarle mi ayuda a Luis Octavio, ni él a mí.

—Pues resulta admirable, porque encontrar un amigo así no es nada fácil. De modo que usted decidió ayudar a Luis Octavio a secuestrar el barco *Blackstar*. ¿Con qué fin exactamente? ¿Por los

mil millones de dólares?

—¿No le ha dicho nada Luis Octavio sobre el asunto?

—Le estoy preguntando a usted.

—Sigue siendo usted prisionero mío —se mosqueó Linares—. Y además, quiero saber dónde está Luis Octavio y qué han hecho ustedes con él. Si no veo ante mí a Luis Octavio no les diré nada aunque me hagan trizas.

—Eso es una tontería, se lo aseguro. Pero me doy perfecta cuenta de que su intransigente actitud nos haría perder mucho tiempo en comedia, así que vamos con la verdad por delante y acabemos cuanto antes: Luis Octavio Cardenal ha muerto.

Rosendo Linares palideció intensamente, su rostro se demudó, pareció que sus ojos se apagasen de súbito.

—Malditos sean —jadeó—… ¡Le voy a… le… le voy a…!

—No ha sido la CIA quien ha matado a su amigo —dijo reposadamente Número Uno—, sino el Doctorcito.

—¡Mentira! ¡Mentira y mil veces mentira! El Doctorcito nunca mataría a Luis Octavio, porque…

—¿Por qué? ¿Porque son amigos? ¿Tal vez porque ustedes trabajan para él? Usted me está resultando más ingenuo que un niño, Linares.

—¡Usted está mintiendo! —bramó Linares.

—No sólo no estoy mintiendo, sino que tengo la suficiente experiencia en situaciones como ésta para saber que usted también está destinado a morir muy pronto. Si el Doctorcito le conoce, y sabe de su gran amistad con Cardenal, y que usted ha intervenido ayudándole, está condenado a muerte, pues él sabe que si hemos encontrado a Cardenal le encontraremos a usted. Si no está muerto ya es porque hemos actuado muy deprisa… y porque los asesinos que se cargaron a Cardenal deben de estar de momento ocupados. Pero en cuanto estén libres vendrán a por usted.

—No es cierto.

—¿Quiere que le explique lo que sé hasta ahora del asunto? Pero no me haga perder mucho más tiempo, Linares, pues debo localizar cuanto antes al Doctorcito. Él está en otra villa en la isla, ¿no es cierto?

—Tal vez. ¿Qué es lo que sabe usted?

Número Uno lo explicó, con toda claridad y concisión. Cuando

terminó se quedó mirando a Linares, qua parecía como ausente, como si ni siquiera le hubiera escuchado.

Pero Uno sabía que sí le había estado escuchando. Linares alzó por fin la cabeza, y murmuró:

—¿Cómo puedo estar seguro de que usted me dice la verdad?

—Tengo el cadáver de Cardenal en el coche. Hágase cargo de él, retire las balas de su cuerpo, y luego compárelas con las de las pistolas de los asesinos que trabajan directamente para el Doctorcito. La CIA pondrá con mucho gusto su servicio de balística a su disposición. Pero para conseguir todo esto antes debemos detener al Doctorcito. Dígame dónde está.

—¡Maldito sea, demuéstreme que dice la verdad!

—No puedo. Es decir, existe un sistema, pero dudo que tenga usted cojones para aceptarlo. Si sigue mi sistema se convencerá inmediatamente de que le estoy diciendo la verdad.

—¿Qué sistema es ése?

—¿Puede usted comunicarse por teléfono o por radio con el Doctorcito?

—Sí.

—Muy bien. Pues llámele y dígale…

* * *

Le estaban diciendo algo, le hablaban a ella, de eso estaba segura, pero no entendía nada.

Remotamente sabía también que no era ni mucho menos la primera vez que se encontraba en una situación semejante. Era como si su cerebro pudiese realizar dos funciones a la vez: una, permanecer como sumida en sombras y sueños; y otra, recordar brumosamente hechos pasados…

De pronto las brumas se disiparon, talmente pareció que de súbito soplara un poderoso viento, y todo apareció nítidamente ante sus ojos. Vio el techo, y enseguida supo que a su lado había alguien. Volvió la cabeza y vio al Doctorcito, que la contemplaba con lúbrica expresión. Estaba completamente desnudo, sentado junto a ella en el borde de la cama, y le acariciaba los pechos con sus manos frías y ásperas. Brigitte las miró vivamente, y las vio con sus máculas leprosas sobre sus pechos, deslizándose hacia su vientre… También

ella estaba completamente desnuda, tendida en el lecho y amarrada a los barrotes de éste formando una equis.

No, no era la primera vez que se encontraba en una situación semejante, pero hasta entonces las manos que habían buscado el placer en su cuerpo no habían sido leprosas…

Emitió un gritito incontenible de sobresalto y asco cuando sintió que la mano del Doctorcito hurgaba entre sus muslos, y miró su rostro ahora deformado no sólo por la lepra, sino por la lujuria que sin duda se había desencadenado en su cuerpo y en su mente con la furia de la larga abstinencia… Él rió, y terminó la ruda y desagradable caricia. Brigitte volvió a gritar, y contorsionó el cuerpo para intentar esquivar aquel contacto horrendo, pero no lo consiguió.

—Sea usted consecuente —susurró el Doctorcito—… Hicimos un trato, ¿recuerda?

—¡Quite su podrida mano de ahí! —gritó Brigitte.

—¿Qué le ocurre? —Frunció el ceño el leproso—. ¿Acaso no quiere cumplir el trato que hicimos?

Brigitte cerró los ojos y aspiró hondo. Había caído en su propia trampa, lo que no debía sorprenderle demasiado, pues eso les sucede a los que se pasan de listos, incluso a ella, naturalmente. Había estado provocando al doctorcito para que éste decidiera encerrarse con ella en una habitación, sin la presencia de sus asesinos armados, y lo había conseguido. Pero, ciertamente, no como ella había pensado, libre y sueltas sus manos, con las que de un solo golpe podía matar al hombrecillo leproso después de controlarlo y obligarlo a decirle qué estaba tramando realmente con el barco *Blackstar*. Había caído en la trampa que ella misma había criticado tantas veces: la de aquellos que se pasan de listos, que creen que los demás son tontos.

Y, evidentemente, el Doctorcito no era tonto.

Abrió los ojos de pronto, sobresaltadísima, al sentir que la mano del Doctorcito abandonaba la caricia, pero, al mismo tiempo, supo que él estaba subiendo a la cama. En el momento en que abría los ojos el cuerpo del Doctorcito se posaba sobre el de ella. Brigitte tuvo que recurrir a todo su temple, a todo el dominio de sus nervios, para no lanzar un alarido.

—Me da igual que tú no quieras hacer el amor —jadeó el

Doctorcito—. Yo si quiero hacerlo, y presiento que me va a gustar mucho. Me va a gustar tanto que te tendré aquí, siempre cerca de mí, para visitarte siempre que tenga ganas de poseerte…

Brigitte estaba no sólo inmóvil, sino rígida, como si fuese de piedra. Pero eso no evitó que sintiese perfectamente la penetración. Pensó en revolverse como fuese, incluso mordiendo en la cara a aquel bicho repugnante que la estaba violando… Pero la sola idea de morder aquella cara leprosa le produjo un horror y un asco incontenibles. Sintió la furia masculina, el beso áspero en el cuello, y la voz del Doctorcito junto a su oído:

—Eres… tan hermosa… que siempre te tendré… cerca de mí…

En aquel mismo instante el ambiente de la habitación cambió, y la espía comprendió en el acto que se había abierto la puerta. Oyó la exclamación de un hombre, mientras el Doctorcito, soltando un bramido, saltaba de encima de ella y quedaba con expresión enloquecida de pie junto a la cama.

—¿Qué pasa? —aulló—. ¿Cómo te atreves a entrar aquí sin llamar?

—Pe-perdone, no sabía…

—¿Qué es lo que quieres, imbécil? —vociferó el Doctorcito.

—Rosendo Linares está al teléfono. Dice que tiene que comunicarle algo urgente a Cardenal, pero que no lo encuentra. Quiere saber si Cardenal está aquí con usted.

—¡Dile a ese…! No, espera. Espera, Mario… ¿Ha regresado Josele de hundir el yate?

—Todavía no. Pero si usted quiere que haga algún trabajo nos bastamos Rubén, Escolástico y yo, ya lo sabe —sonrió Mario.

—Pues sí quiero que hagáis ya el trabajo que está pendiente sólo del regreso de Josele para que os acompañe… Tienes razón, vosotros tres os bastáis para ello. Bueno, dile a Linares que efectivamente Cardenal está aquí, pero que ni él ni yo podemos atender su llamada en estos momentos, y que te envío a ti adonde él quiera para recogerlo con el coche y traerlo… ¿Lo has entendido bien?

—Sí señor —sonrió Mario—… Pero ¿debo traérselo aquí a usted?

—Claro que no —rechazó el Doctorcito—. En cuanto lo tengáis a tiro lo matáis, y hacéis desaparecer su cadáver, como Josele ha

hecho con el de Cardenal.

—Sí señor —sonrió Mario, desviando un instante la mirada hacia Brigitte—… Que se divierta.

Salió de la habitación, sonriendo y dejando sonriente al Doctorcito, el cual, apenas se hubo cerrado la puerta, se volvió hacia Brigitte, le pasó la mano por los bellísimos pechos, y susurró:

—¿Dónde habíamos quedado…?

—Escuche —murmuró Brigitte—, no se lo había querido decir antes, por no perderme el trato, a fin de saber qué está usted tramando, pero… la verdad es que tengo sífilis, así que…

El Doctorcito lanzó una carcajada chirriante, y acto seguido escaló la cama y volvió a instalarse sobre el espléndido cuerpo de la espía internacional.

Capítulo VI

Mario conducía el coche, junto a él iba Rubén, y en el asiento de atrás iba Escolástico, solo y adormeciéndose… Se despejó precisamente cuando Mario frenó y fue impulsado hacia delante.

—¿Qué pasa? —masculló.

—Ahí lo tenemos —oyó decir a Mario.

Afuera todo era oscuridad, salvo las luces del coche estacionado a un lado de la avenida. Luces rojas, de posición, apenas destellos que al adormilado Escolástico le parecieron dos ojos siniestros.

—¿Seguro que es él? —inquirió.

—¿Quién va a ser a estas horas en el sitio convenido y con las luces del coche encendidas, tal como nos dijo que estaría esperando para que lo localizásemos enseguida?

—Está bien, pues vamos a liquidarlo y nos llevamos su coche con él dentro a cualquier sitio.

—¿Para qué molestarse? —sonrió Mario—. Si por la mañana lo encuentran muerto ahí mismo, dentro de su coche, será lo mismo que si lo encuentran en cualquier otro lugar… Ya sé, ya sé: lo que quiere el Doctorcito es que hagamos desaparecer su cadáver, y así lo haremos —suspiró—… Sólo estaba jugando con la idea de dejarlo ahí mismo lleno de plomo: es más divertido y emocionante, pues ves a la policía en acción…

—¿Por qué no nos dejamos ya de tonterías y terminamos? —propuso Rubén—. Es muy tarde, y tengo sueño.

—Lo mismo que yo —dijo Escolástico.

—Quedaros aquí —dijo Mario, que parecía gozar en grande—… Yo me voy a encargar de él. Cuando veáis que el coche se pone en marcha, seguidme. Lo enterraremos entre los tres donde jamás sea encontrado.

Salió del coche, y se encaminó hacia el de Rosendo Linares, al cual vio, sentado ante el volante, cuando estuvo cerca del vehículo.

Rodeó éste, y fue a sentarse junto a Linares, que le miró fijamente.

—¿Qué está ocurriendo? ¿A qué viene tanto misterio?

—¿Misterio? —se sorprendió Mario—. Usted eligió este lugar.

—Ése es el misterio: ¿por qué encontrarnos aquí, si yo podía haber ido directamente a la villa del Doctorcito? Estoy seguro de que está ocurriendo algo, y por eso no han querido que fuese yo solo y directamente a ver al Doctorcito. ¿Por qué?

—Porque el Doctorcito está ocupado —dijo Mario, sacando su pistola y apuntando a Linares a la cabeza…, y usted sólo le representa una molestia.

Se vio claramente cómo el rostro de Rosendo Linares perdía color.

—¿Qué quiere decir? —susurró—. ¿Qué significa esto?

—Significa, tonto del culo, que vas a ir a reunirte con tu amigo, pero en espíritu. Y no me hagas enfadar, porque entonces en vez de matarte de un balazo te voy a hacer picadillo. ¿Me has entendido?

—¿Luis Octavio ha muerto? —jadeó Linares—. ¿Usted lo mató por orden del Doctorcito?

—Oye, ¡qué listo eres! —rió mordazmente Mario—. Pero los listos como tú sólo sirven para morir como tontos.

Se echó a reír, porque le hizo gracia su propia frase. Pero la risa se le atragantó cuando, de pronto, una mano apareció procedente del asiento de atrás y le arrebató rápida y limpiamente la pistola. Con el respingo atravesado en la garganta, Mario se volvió a mirar hacia atrás, y vio entonces el rostro que parecía emerger como de otro mundo. Recuperó el aliento, pareció a punto de decir algo, y entonces le llegó la voz del hombre que le había arrebatado la pistola:

—¿Cómo has quedado con tus compañeros del coche? ¿Deben seguirte cuando tú pongas en marcha éste, con Linares ya muerto?

—Oiga, todo esto…

Iba a decir que había sido una broma, porque cualquier cosa, incluso una idiotez, sirve para intentar salir de un mal paso. Pero estaba en mucho peor situación de lo que él mismo creía, y lo comprendió cuando su propia pistola le golpeó en la boca, reventándole los labios, partiéndole dos dientes, y tirándolo contra la ventanilla. Por entre sus propios gemidos de dolor Mario oyó de nuevo la voz del otro:

—¿Repetimos o contestas a lo que te he preguntado?

—Sí —jadeó Mario, escupiendo sangre y trocitos de diente—, ellos… ellos tienen que venir detrás de mí.

—¿Hacia dónde? ¿Algún sitio en concreto?

—No. Cualquier lugar es bueno para… Bueno…

—¿Para hacer desaparecer el cadáver de Linares, como quisisteis hacer desaparecer el de Cardenal?

Mario sintió un escalofrío. Tenía la sensación de estar hablando con alguien que se sabía la lección mejor que él, y que por tanto era una tontería mentir.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Cárdenal —murmuró.

—¿No? Pues es muy triste, porque siendo inocente vas a pagar como culpable.

Mario oyó el chasquido de su propia pistola, y eso fue todo. Quedó sentado, retenido por la mano de Número Uno, que miró entonces al petrificado Rosendo Linares.

—Arranque —dijo el espía—… Y no conduzca bruscamente, no se ponga nervioso. Procure que en ningún momento los del otro coche puedan verle bien, pues tienen que creer que ya está muerto y que quien conduce es este asesino. Vamos, arranque.

—Usted… tenía razón. Ellos…, ese maldito Doctorcito…

—Arranque. Lo que ya pasó nadie lo cambiará.

Rosendo Linares cerró los ojos, y con los de la mente vio el cadáver de su amigo del alma, Luis Octavio Cardenal, muerto a balazos, tal como se lo había entregado el hombre que decía llamarse Número Uno. Suspiró, abrió los ojos, y arrancó. Por el espejo retrovisor vio muy pronto el otro coche, en su seguimiento. El asesino que había pretendido matarlo a él ya no estaba en el asiento contiguo, pues Número Uno lo había trasladado al asiento de atrás, y ahora no se veía a ninguno de los dos.

—¿Hacia dónde voy? —murmuró.

—Busque una playa.

En el coche perseguidor, Rubén conducía y Escolástico estaba ahora a su lado. Estuvieron siguiendo el coche de Linares hasta que, apenas diez minutos más tarde, se detuvo, ante una playa. Las luces de los faros lanzaron varios destellos, y acto seguido todas las luces del coche se apagaron.

—Vamos allá —dijo Rubén—. Tenemos que ayudar a Mario a enterrarlo.

—Igual quiere tirarlo al mar —sugirió Escolástico.

—No creo. Más bien querrá que lo enterremos en la arena, bien hondo. Es una buena idea, porque resulta más fácil de cavar que la tierra.

Salieron del coche y se acercaron al otro. Oyeron el chasquido de una portezuela al cerrarse. La luz de las estrellas les permitió ver la silueta de un hombre, y ni por un instante se les ocurrió pensar que no fuese su amigo Mario, compañero de tantos asesinatos… Un par de segundos más tarde sí se dieron cuenta de que aquella silueta era más alta y menos ancha que la de Mario, y entonces comprendieron que algo no estaba funcionando bien… para ellos, claro.

Pero ya era demasiado tarde. Vieron los cárdenos fogonazos de la pistola, y cada uno de ellos recibió una certera y mortífera bala en pleno corazón. Escolástico cayó de espaldas, sin emitir al más leve sonido, y Rubén cayó primero de rodillas, echó un chorrito de sangre por un lado de la boca, y sus ojos expresaron, por un instante, el asombro, el pasmo. Luego cayó de bruces, y su alma se fue al infierno, a reunirse con las de Mario, Josele y Escolástico.

—Saque a ése del coche —dijo Número Uno, impávido—… Vamos a dejarlos a los tres en la arena, e iremos a la villa del Doctorcito con el coche de ellos. Vamos, Linares, reaccione. Sé que mi compañera se las arreglará sola, pero estaré más tranquilo cuando me reúna con ella…

* * *

Brigitte soportó estoicamente la acción del Doctorcito, que finalmente se dio por satisfecho, se separó de ella, y se sentó a su lado en la cama, mirándola muy complacido.

—He gozado mucho —aseguró—… Ya había olvidado lo bien que se pasa haciendo estas cosas, pero tú me las has recordado. Lo haremos muchas otras veces, cariño.

—¿No va a decirme ahora la verdad de lo que está tramando?

—Se diría que la violación no te ha afectado demasiado.

—¿Qué está tramando?

—Vamos, no quieras dártelas de lista conmigo —sonrió el leproso—… Ni siquiera lo sabía Cardenal, ni su estúpido amigo Linares, así que ¿por qué habría de decírtelo a ti?

—¿De modo que engañó a Luis Octavio Cardenal…?

—¡Claro! Le dije que teníamos que capturar el *Blackstar* para pedir mucho dinero por él e invertir ese dinero en emprender acciones de pacificación y socorros existenciales en Centroamérica, y él aceptó enseguida. Era un hombre… humanitario, por usar una palabra corriente. Y su amigo Linares tanto como él. Te habría gustado ver con qué entusiasmo aceptaron luchar contra las maquinaciones yanquis en Centroamérica, y enseguida aceptó hacer lo que yo había planeado en cuanto supe que el comandante del *Blackstar* había estudiado con él y eran grandes amigos. Me aseguró que Waldo Washington aceptaría ayudarle, que le conocía muy bien, y que sabía que estaba disconforme con lo que estaba haciendo Estados Unidos y él mismo… En cuanto tuvo ocasión se puso en contacto con Waldo Washington, y regresó diciéndome que su amigo estaba de acuerdo, que aceptaría colaborar, pero que no debíamos delatarlo.

—O sea, que el comandante del *Blackstar* manipuló a la tripulación de su barco de modo que éste pudo ser abordado por los hombres que envió Luis Octavio Cardenal.

—Los envió Cardenal, sí —rió el Doctorcito—, pero esos hombres sólo me obedecen a mí.

—Ya entiendo. ¿Y qué órdenes finales les dará respecto al barco? Usted ha cobrado el rescate, de modo que debería devolverlo a Estados Unidos. Si ya tiene el dinero… ¿qué más quiere?

—El dinero es solamente la herramienta necesaria para poder seguir trabajando en mis experimentos. Necesito mucho dinero, porque todo es muy caro…, pero no es el dinero mi objetivo.

—Eso ya lo he comprendido. ¿Cuál es su objetivo?

—Hacer explotar el *Blackstar* en la Bahía de San Juan del Norte, muy cerca de la costa de Nicaragua.

—¿De parte de qué o de quién está usted? —preguntó Brigitte, con voz tensa.

—No estás entendiendo nada, cariño… No estoy de parte de nadie, salvo de la mía, claro.

—Pero… ¿se da cuenta de la gran cantidad de personas que

morirán directamente a causa de la explosión, y de los cientos de miles, por no decir millones, que quedarán afectadas por las radiaciones?

—Me doy perfecta cuenta, y eso es precisa y exactamente lo que he planeado. Voy a… cambiar el futuro de Centroamérica. El futuro y la raza.

Brigitte se quedó mirando fascinada el siniestro y repugnante hombrecillo que la había violado. ¿Estaba loco?

—¿La raza? ¿Cómo se puede cambiar una raza? ¿Qué quiere decir?

—¿Te gustaría ver mi laboratorio?

—Por supuesto.

—Sí —rió el Doctorcito—, ya me imagino que te gustaría muchísimo. Los espías sois muy curiosos, ¿verdad? Está bien, voy a llevarte conmigo, pero no creas que vas a poder intentar nada, pues te ataré las manos a la espalda. ¡A mi personal le encantará ver paseando por el laboratorio una mujer tan hermosísima como tú, completamente desnuda! Y yo también voy a pasarlo muy bien, pues les diré a todos que te he poseído, que he gozado muchísimo contigo… ¡Nos vamos a divertir los dos, cariño!

El leproso soltó la mano izquierda de Brigitte, que en aquel mismo instante podía haberlo matado de un solo golpe en su calva cabeza que parecía putrefacta. Pero desistió de ello, y aceptó dócilmente que después de soltarla de la cama, el Doctorcito le atase las manos a la espalda. De nuevo rió el leproso cuando ella quedó de pie junto a la cama, desnuda y con zapatos de alto tacón. La abrazó por la cintura y le besó los pechos, farfullando obscenidades increíbles. De nuevo sintió Brigitte tentaciones de matarlo, pero otra vez supo controlarse: quería ver el laboratorio, saber qué estaba investigando el Doctorcito, cuánto y qué clase de personal tenía, cuáles eran sus planes definitivos…

Él abrió la puerta, y ella salió. Recorrió un pasillo y llegó a la sala de la villa. No vio a nadie, ni oía nada. Era como si el Doctorcito y ella estuviesen solos en el mando. Pasaron a un pequeño despacho, y el leproso señaló el hueco por el que descendía un tramo de escalones. Él encendió la luz, y Brigitte bajó. Tras ella, el Doctorcito reía y le iba tocando la espalda y las nalgas. Abajo había una puerta, que él abrió. Apareció un pasillo que

parecía de metal. Había dos puertas a la izquierda y una sola a la derecha. El Doctorcito señaló la de la derecha, la abrió, y dijo, riendo:

—Procura no provocar demasiado a mi personal.

La espía entró en el laboratorio. Lo identificó como tal inmediatamente. Un amplio y sofisticado laboratorio dotado de muchísimos aparatos modernísimos y una enorme caja fuerte de acero, con una compuerta circular cuyo solo aspecto quitaba cualquier esperanza de poder abrirla sin la llave y la combinación adecuada. No había ni una sola persona allí, ni un solo ser humano…

—Te presento a mi personal —rió el Doctorcito—… Dentro de esa caja están los mil millones de dólares, pero ellos me son tan absolutamente fieles que aunque conocieran la combinación de la caja nunca me robarían esa fortuna que necesito para mi trabajo… ¿Te gusta mi personal?

Volvió a reír, Brigitte ni siquiera había vuelto a mirar la caja fuerte desde que él había mencionado a su «personal». Personal que consistía en una docena de robots metálicos que permanecían inmóviles en sus puestos de trabajo. El Doctorcito sacó del bolsillo de su bata una cajita conteniendo los elementos de mando a distancia, y comenzó a tocar botoncitos, como un niño que estuviese jugando con el aparato de mando a distancia de su televisor. Los robots comenzaron a moverse sincopadamente, aplicándose en su tarea respectiva sobre los bancos de trabajo. Todos menos uno, que comenzó a pasear lentamente por el laboratorio, como supervisando los trabajos de los demás.

—Hay gente que todavía no ha entendido esto de los robots —dijo el Doctorcito—: creen que son algo así como… malas imitaciones de personas. Y no es eso. Hay que entender el verdadero significado y cometido de los robots que son, simplemente, máquinas como otras cualquiera al servicio del hombre. Por ejemplo, existen lavadoras, batidoras, automóviles, relojes… Pues bien, para mí los robots son otras máquinas más que me ayudan en mi trabajo. Es muy simple, ¿no te parece?

—Sí —murmuró Brigitte, mirando al robot que se acercaba a ellos.

—Éste es Arcángel —explicó el Doctorcito—, mi mejor amigo.

¿Verdad que eres mi mejor amigo, Arcángel?

—Sí, Ángel —replicó el robot.

Brigitte lo miraba sin excesiva curiosidad. En su agitada vida de espía había visto tantas cosas que ya no podía asombrarse. Y por supuesto había visto robots, aunque fuesen diferentes a aquel del Doctorcito, que tenía un torso circular, dos piernas, dos brazos con tenazas por manos, y una cabeza tubular con dos pilotos rojos por ojos y una abertura más abajo por la que brotaban las palabras. Era como un mal remedo de un ser humano, un robot vulgar, nada representativo de una gran imaginación.

—Saluda a la señorita, Arcángel —indicó él Doctorcito.

—Sí, Ángel.

—¿Se llama usted Ángel? —Lo miró Brigitte.

—Ángel Montesdeoca —movió la calva cabeza el leproso—. Soy venezolano, pero eso no importa para que desee cambiar el futuro de Centroamérica, ¿verdad?

—Me pregunto si lo quiere cambiar para mejorarlo o para empeorarlo.

—Bueno, eso… depende del punto de vista de cada uno. Precisamente me gustaría conocer el tuyo, así que tengo intención de explicarte cómo voy a cambiar el futuro y la raza de Centroamérica. Y también deseo explicarte el por qué…, pero no en este momento.

—Creí que me había traído aquí para explicármelo todo… Porque si se trata de ver un laboratorio, ya lo he visto, y no despierta en mí más curiosidad o interés que otros.

—Bueno —sonrió el Doctorcito—, en realidad te he traído aquí porque te has convertido en uno de mis más preciados tesoros… ¿Y sabes qué hago con mis tesoros, cariño?

—¿Encerrarlos en la caja fuerte? —murmuró Brigitte.

—Exactamente. Es lo lógico, ¿no? Pero no te preocupes, que no te tendré ahí dentro mucho tiempo, pues morirías de un modo horrible, sin aire… Es una muerte espantosa, que no deseo para ti. A ti te deseo… alegrías y venturas de toda clase. Por ejemplo, lo que sí hay dentro de la caja es luz, lo cual te permitirá disfrutar de un espectáculo que poquísimas personas en este mundo conseguirán jamás: la contemplación, entre otras cosas, de mil millones de dólares. ¿Qué te parece?

—Hace mucho tiempo que el dinero me aburre… Quizá porque puedo tener en cuanto lo desee mucho más de mil millones de dólares. La verdad es que no me emociona especialmente estar encerrada con dinero.

—Ah, eres realmente extraordinaria, cariño mío… Bueno, verás ahí dentro otras cosas interesantes. Por ejemplo, una explicación muy detallada de mis planes y proyectos… Pero estamos hablando demasiado. De momento pasarás la noche ahí dentro, y por la mañana vendré a por ti, antes de que se te termine el aire. Bien, ya puedes entrar.

Mientras hablaba, el Doctorcito había abierto la gruesa puerta de la caja fuerte, tras marcar el número de la combinación rápidamente. Brigitte miró al interior después que el leproso encendió la luz, y vio, en efecto, las bolsas de plástico impermeable conteniendo los mil millones de dólares. El Doctorcito estaba resultando todo un listo: había pedido el dinero en bolsas impermeables precisamente para que pensaran que tenía proyectado esconderlas en algún fondo marino, pero no, allá estaba el dinero; un dinero que pensaba dedicar a experimentos evidentemente poco recomendables…

—Vamos, pasa —se impacientó el Doctorcito—: ¡ya he perdido demasiado tiempo contigo por hoy!

Capítulo VII

Brigitte estuvo unos segundos mirando al Doctorcito, se volvió a mirar al robot llamado Arcángel, y de nuevo miró al leproso. De pronto dio un paso hacia éste, tranquilamente. El Doctorcito se dispuso a apartarse para dejarle libre el paso hacia el interior de la caja, y entonces, simplemente, la agente Baby le encajó un puntapié en el bajo vientre. Un puntapié nada espectacular, pero eficacísimo ciento por ciento: Ángel Montesdeoca, alias el Doctorcito, emitió una especie de maullido, palideció hasta lo cadavérico, se encogió, y cayó como un guiñapo, dándose de cara contra el suelo, mientras la caja de mandos de sus robots rebotaba cerca de él.

Y algo debió de ocurrir en la caja de mandos, porque todos los robots se pusieron en movimiento a la vez. Pero movimientos incontrolados, como si de pronto todos se hubieran vuelto locos o estuvieran poseídos de una extraña furia.

El peligro para Brigitte fue evidente desde el primer momento, pues tenía las manos atadas a la espalda, y se hallaba encerrada en una estancia no demasiado grande con una docena de máquinas que se habían vuelto locas, y que con sus «brazos» lo golpeaban y lo rompían todo, provocando chispazos de todos los colores y tamaños.

Por todas partes se oían crujidos, el estrépito era tremendo, los robots incluso se golpeaban entre ellos… La espía decidió escapar de allí, por el simple y lógico sistema de salir por la puerta del laboratorio, pero cuando llegó allí corriendo la encontró bloqueada. Vuelta de espaldas a la puerta, estuvo intentando mover la manilla, pero ésta no cedía. Comprendió que el Doctorcito tenía sus propios sistemas de seguridad.

Mientras buscaba algo que pudiera utilizar de algún modo para forzar la puerta y abrirla, se dio cuenta de que el robot Arcángel y otro más se acercaban a ella, dándose golpes uno al otro, hasta que

Arcángel ganó la pelea derribando a su «congénere», y continuó caminando hacia ella, lanzando manotazos y chispazos. Brigitte lo esquivó, y miró al Doctorcito, que, cruzado en el umbral de la entrada a la caja fuerte, comenzaba a moverse.

Si el leproso se recuperaba las cosas se le iban a complicar todavía más, de modo que Brigitte corrió hacia la caja, y, cuando el Doctorcito comenzaba a incorporarse, todavía aturdido, volvió a golpearle con el pie en el mismo sitio, todavía más cruelmente que antes.

Ángel Montesdeoca emitió un bufido como de gato moribundo, y volvió a caer, quedando de costado, lívido como un muerto, sangrando por sus genitales que súbitamente se habían inflamado de un modo horrible. Brigitte se dio cuenta de que Arcángel caminaba de nuevo hacia ella, y de momento lo que decidió fue asegurarse de que el Doctorcito no podría molestarla más: lo metió a puntapiés dentro de la caja fuerte, y, empujando con un hombro, comenzó a cerrar la gruesa puerta de acero.

Pero Arcángel llegó soltando chispazos y lanzando golpes, tan fuertes que su brazo derecho saltó al chocar contra la puerta de la caja fuerte. Brigitte, que se había inclinado para esquivar el golpe, quiso alejarse del robot, pero los otros que quedaban en pie se acercaban también a la caja, siempre lanzando chispas y golpes. En un lado del laboratorio se iniciaba un pequeño incendio que resultaba difícil predecir cómo podía degenerar… Arcángel lanzó otro golpe contra Brigitte, que gritó al sentir silbar el brazo junto a su cabeza.

Miró despavorida al robot, y acto seguido lo empujó con toda la fuerza de su hombro derecho, derribándolo. Una pierna de Arcángel se desprendió del cuerpo, con gran lujo de artificios. Era como estar dentro de una cripta donde el fuego se iba multiplicando.

En la puerta del laboratorio comenzaron a oírse golpes, y Brigitte miró hacia allí, pero, cada vez más aterrada, se dio cuenta de que ni siquiera podía ver bien la puerta, que los robots supervivientes formaban ante ella un semicírculo compacto, insalvable, y seguían acercándose. En cuestión de segundos la agente Baby podía morir aplastada y electrocutada por aquellos artefactos frutos del ingenio humano…

Y de repente recordó la cajita de los mandos. Respingó, bajó la

cabeza, y su mirada recorrió velozmente todo el espacio del suelo donde podía haber caído la cajita… Oía, además de los chispazos de los robots y de prácticamente todo el laboratorio, los crujidos de la puerta de éste, y supo remotamente que alguien estaba destrozando el mecanismo de cierre de seguridad a balazos.

Es decir, que su suerte estaba echada: o la electrocutaban y la aplastaban a golpes los robots, o los hombres que acudían en ayuda de su jefe la iban a acribillar en cuanto terminasen de abrir la puerta a balazos.

La azul mirada de la espía más peligrosa del mundo se desplazó hacia el Doctorcito talmente como la descarga de un rayo de muerte.

—Pues tú tampoco te vas a librar —jadeó.

Se acercó a él dispuesta a rematarlo, y entonces vio sobresalir por un lado del cuerpo de Ángel Montesdeoca la cajita de mandos. Apartó al leproso de nuevo a puntapiés, dejando completamente al descubierto la cajita; alzó el pie derecho y lo dejó caer con fuerza sobre el pequeño artefacto. El tacón del zapato se clavó parcialmente, y se partió. Brigitte lanzó una exclamación, volvió a alzar el pie, y de nuevo golpeó en la caja, ahora con el medio tacón… La cajita crujió, hubo un diminuto chispazo…, y de repente todos los robots quedaron completamente inmóviles.

Brigitte se quedó mirándolos con expresión desorbitada. El laboratorio seguía ardiendo en pequeños fuegos eléctricos, pero parecía que se hubiera hecho de pronto la mayor calma del mundo. En el suelo, sangrando por los reventados genitales, Ángel Montesdeoca yacía sin sentido… Y en la puerta, los disparos estaban abriendo la brecha suficiente. Pronto la abrirían. Y la matarían.

—Muy bien —murmuró la espía.

Salió de la caja, pasando junto al inmovilizado grupo de robots, y de nuevo procedió a empujar la puerta con el hombro…, hasta que la cerró; se oyó el chasquido de los mecanismos, y, casi al mismo tiempo, el tremendo crujido de la puerta. Brigitte corrió hacia allí. No pensaba dejarse matar impunemente, desde luego, y antes de que lo consiguieran iba a matar a alguno más a patadas, de eso podían estar seguros los hombres del Doctorcito que…

No eran los hombres del Doctorcito.

La puerta terminó de abrirse, casi arrancada, y Brigitte se quedó mirando atónita a Número Uno, que quedó en el umbral en actitud agresiva, con la pistola en la mano izquierda y una metralleta en la derecha. La mirada del espía recorrió velozmente el cuerpo de Brigitte, y enseguida su gesto se relajó, su tensión desapareció.

—¿Estás bien? —inquirió.

—Pero… ¿de dónde sales? —exclamó Brigitte.

Número Uno movió la cabeza, se acercó a ella, y le desató las manos. Echó un vistazo entorno, y terminó por mover la cabeza de nuevo.

—Me complace comprobar que sigues siendo el terremoto de siempre.

—¡Eres deliciosamente simpático al recordármelo, mi amor! —rió la divina, echándole los brazos al cuello.

Él la besó en los labios, y dijo:

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. No me sorprendería que el fuego se complicara y se extendiera por toda la casa. Larguémonos.

—¿Verdad que no se me nota que estoy al borde de la histeria?

Él volvió a besarla, la apartó, y fue a descolgar una bata blanca de una percha de pared. La ayudó a ponérsela, y salieron del laboratorio, donde, en efecto, el incendio se iba complicando. Segundos después salían al despacho, y acto seguido a la sala. No se veía a nadie por parte alguna, no se oía nada.

—¿Has encontrado la villa vacía? —se sorprendió Brigitte.

—No. Había bastantes hombres vigilándola, pero siguiendo mis instrucciones Rosendo Linares los atrajo detrás de él, y yo entré a por ti. Sólo me tropecé con dos hombres, los eliminé, y les quité las armas —movió la metralleta—… Ahora llamaremos a Linares, y si como espero ha escapado pasará a recogernos con un coche.

—Ya. ¿Y cómo llamaremos a Linares?

—Por medio de tu radio de bolsillo, que le he prestado. La tomé de tu maletín, que te dejaste olvidado en el a ninguna.

—Ya. Pero dime una cosa, por favor: ¿quién es Linares?

—Pronto lo conocerás. Es un amigo de Cardenal. Al que no he conseguido encontrar en parte alguna es al tal Doctorcito…

Brigitte se dio una palmada en la frente.

—¡Zambomba, lo olvidé!

—¿A quién?

—¡Al Doctorcito! El muy asqueroso me violó, y lo maté a puntapiés. ¡Y no me había dicho lo que está tramando! Es decir, lo que estaba tramando.

—Pues si está muerto no nos podrá decir nada.

—Pero no importa, porque está en un lugar muy seguro donde, además, según él mismo me dijo, tiene bien detallados todos sus planes.

—¿Sabes cuál es ese lugar?

—Naturalmente, si yo metí en él al Doctorcito. Por cierto: ¿sabías que es leproso y que su verdadero nombre es Ángel Montesdeoca?

—Eso importa bien poco. Lo que tenemos que hacer es ir a recoger sus planes para…

—Me parece que no va a ser nada fácil —movió Brigitte la cabeza con gesto de contrariedad—: todo eso, junto con los mil millones de dólares, está dentro de una caja fuerte enorme, dotada de tal sistema de seguridad que ni siquiera tú podrías abrirla. Es inexpugnable.

—A ver si lo entiendo —masculló Uno, con la radio ya en la mano, presto para llamar a Rosendo Linares—… ¿Has metido al Doctorcito dentro de una cámara acorazada donde estaban sus planes escritos y además los mil millones de dólares que Estados Unidos entregó a Cardenal en Kitty Hawk?

—Sí.

—Zambomba —sonrió de pronto el siempre imperturbable Número Uno—, ¡no se puede decir que hayas tenido un gran éxito!

—Estoy segura de que entre tú y yo conseguiremos abrir esa caja, de un modo u otro. Pero lo que hay dentro de ella no nos interesa demasiado, mi amor. Lo que nos interesa ahora a nosotros, y con urgencia, es apoderarnos del *Blackstar*, antes de que los hombres que lo ocupan cometan alguna barbaridad si se alarman al no recibir noticias o instrucciones procedentes del Doctorcito.

—Tomar el *Blackstar* —dijo Uno, sardónico—. Ya. Y todo ello, claro, sin que esa gente, al verse en peligro directo y declarado, decida mandarlo todo al diablo haciendo explotar el barco.

—Llama a ese Linares —señaló Brigitte la pequeña radio de Uno —, nos lo explicamos todo, y luego veremos qué puede hacerse…

partiendo de mi idea.

—Oh, no —alzó Uno los ojos al techo—… ¡Una idea de Baby!

—¿Qué te apuestas a que sale bien?

—No me apuesto nada. Eso es precisamente lo increíble: que por fantásticas que parezcan tus ideas acaban por dar resultado. Pero no olvides una cosa, Brigitte: si algo sale mal esa gente son capaces de hacer explotar el *Blackstar* estén donde estén y muera quien muera, aunque se trate de millones de personas.

—Le sé muy bien —murmuró Brigitte—. Llama a Linares y luego déjame la radio para que cambie la onda y llame a mis Simones. Los vamos a necesitar, para que nos proporcionen diverso material, empezando por un helicóptero…

* * *

El jefe del grupo que días antes abordara el *Blackstar* se llamaba Laureano Gomara, tenía treinta años, y usaba barba y una insólita expresión de auténtico fanático que era lo que, en definitiva, había impulsado al comandante Waldo Washington a arrepentirse de haber accedido a las propuestas de su amigo Luis Octavio Linares.

De todos los ocupantes del supuesto barco oceanográfico, Waldo era el único que podía considerar que estaba realmente libre de movimientos, siempre de un modo relativo. Los demás, a excepción de los encargados de gobernar el barco (vigilados por hombres armados con metralletas), habían sido encerrados. Y tal vez lo estaban pasando mejor que Waldo, pues al menos no veían la expresión fanática de Laureano Gomara y, por tanto, no temían que la cosa pudiera acabar mucho peor de lo que le había dicho Luis Octavio Cardenal. ¿Y qué le había dicho Luis Octavio Cardenal a Waldo Washington?

> *«—Se trata de denunciar ante el mundo estas mentiras que tan peligrosas son para la Humanidad, Waldo. Ese barco, o cualquier otro similar, puede tener en cualquier momento un accidente que dejaría en nada la falla producida en Chernobil, que tal vez estén controlando aunque sólo sea un poco. Pero con un barco no habría control posible. Y no creas que esto solamente lo está haciendo Estados Unidos: también lo están haciendo otros países,*

entre ellos, por supuesto, Rusia. Pero de ninguna manera podemos tener acceso a uno de esos barcos soviéticos, y por cierto tampoco lo tendríamos al Blackstar *si tú no aceptases colaborar. Tienes que manipular a tus hombres para que acepten el abordaje. Y no es nada difícil: dices que antes de zarpar recibiste determinadas órdenes en un sobre cerrado, y que las estás cumpliendo. Se trataría de convencer a tus hombres de que se trata de unas maniobras secretas efectuadas por algún cuerpo de estudios de seguridad de los Estados Unidos… Creerán que mis hombres son norteamericanos entrenados especialmente, y les permitirán tomar el barco. Cuando quieran darse cuenta ya será tarde, todos estarán bajo control. Y no haremos daño a nadie, Waldo, te lo juro. Queremos mil millones de dólares para poner en marcha una organización mundial que se oponga a cualquier utilización bélica de la energía nuclear y derivadas, y queremos exhibir el* Blackstar *en todo el mundo, para que todos puedan comprobar que Estados Unidos dispone de elementos móviles que podrían causar hecatombes en diversas partes del globo. ¡Maldita sea, queremos que el mundo sepa que los poderosos ejércitos los están engañando y que ya sea voluntariamente o debido a cualquier accidente pueden acabar con todos nosotros en cuestión de minutos…!*

»—Luis, si hago lo que me pides seré un traidor a mi patria.

»—¡Está bien, pues no traiciones a tu maldita patria, traiciona a la Humanidad entera!

Luis Octavio había sido muy convincente, pero ahora Waldo Washington estaba arrepentido. No porque sus ideas hubieran cambiado, sino porque el tal Laureano Gomara no le gustaba nada, nada, nada…».

Alzó de pronto la cabeza, y se dio cuenta de que Gomara le estaba mirando fijamente, de aquel modo pérfido que le ponía el vello de punta. Pero ya no podía hacer nada. Las dos docenas de hombres de Gomara eran dueños del barco, mientras que todos los ocupantes de éste habían sido desarmados y encerrados…

—¿En qué está pensando? —preguntó Gomara en su perfecto inglés.

—En nada especial —murmuró Waldo—… No me encuentro muy bien.

—Debe de ser la humedad. —Gomara sonrió con pretensiones simpáticas—… Estar en el mar ya resulta bastante húmedo, pero si encima llueve como está lloviendo desde este mediodía…

Waldo asintió. Sí, llovía torrencialmente desde el mediodía, y se sentía todavía más deprimido por eso, porque la lóbrega oscuridad parecía formar parte del fin del mundo. Por eso se había refugiado en la sala, donde hacía poco había aparecido Gomara, que evidentemente no tenía la menor intención de perderlo de vista. Era más que posible que Gomara se diese cuenta de que las intenciones y la actitud de Waldo Washington podían cambiar, así que había que tenerlo bien controlado…, aunque de modo simpático, ya que, a fin de cuentas, a todos los efectos, el comandante Washington era amigo de Cardenal y estaba de parte de ellos…

Un hombre entró en aquel momento en la sala, y Waldo y Gomara lo miraron vivamente, pues por su precipitación comprendieron que ocurría algo inesperado, posiblemente alguna complicación.

—¿Qué ocurre? —Se adelantó Gomara a cualquier explicación.

—Tenemos un helicóptero sobrevolando el barco…

—¿Con este tiempo? ¿Acaso ha dejado de llover?

—¡Qué va, llueve como nunca he visto llover en toda mi vida, pero ahí está ese helicóptero! Se han comunicado por la radio con nosotros: quienes llegan son Luis Octavio Cardenal y Rosendo Linares, que quieren hablar contigo y con el comandante.

—De manera que Luis Octavio ha venido —murmuró Gomara, absorto—… ¿No tenemos ningún mensaje del Doctorcito?

—No. Seguramente nos envía instrucciones por medio de Cardenal, en lugar de utilizar la radio.

—No veo por qué. Estamos ya dentro del radio de acción de su emisora, tal como se convino, para que ejecutáramos sus planes en cuanto nos lo ordenara. No tiene por qué enviar a nadie.

—¿Qué le pasa a usted? —murmuró Waldo—. ¿No confía en Luis Octavio? Estamos todos en el mismo bando, ¿no es cierto? Pero según parece usted ha olvidado que si está en este barco es gracias a Luis Octavio y a su amistad conmigo.

—Tiene razón —admitió Gomara—… Bien, vamos a recibirlo. Autorízalos para que se posen en la cubierta de popa, Rufo.

—De acuerdo.

—¿Viene usted, comandante? —ofreció Gomara.

—Por supuesto —gruñó Waldo Washington.

Abandonaron la sala, y en cuestión de segundos, tras colocarse los impermeables, aparecían en cubierta. Llovía como parecía imposible que pudiera llover, pero, en efecto, el helicóptero estaba encima del *Blackstar*. Parecía también imposible que el aparato pudiera sostenerse en el aire, y, ciertamente, sus ocupantes se la estaban jugando, así que muy importante debía de ser lo que venían a hacer para jugarse la vida de aquel modo…

Desde el puesto de radio Rufo pasó la autorización al helicóptero, que descendió lentamente en el lugar asignado, observado por Laureano Gomara, Waldo Washington, y tres o cuatro hombres más. Por entre la cortina espesísima de reluciente lluvia que parecía de charol gris, y que convertía la tarde en un pozo tenebroso, Laureano Gomara alcanzó a divisar confusamente los rasgos de Rosendo Linares, y, junto a él, el barbudo rostro que, claro está, sólo podía ser el de Luis Octavio Cardenal.

Los dos ocupantes del helicóptero saltaron a cubierta, y fue entonces cuando, pese a la lluvia, Gomara se dio cuenta de que si bien la cabeza barbuda podía ser la de Cardenal, el rostro, más fino y de formas definidas, no correspondía a un hombre. Y mientras en su mente comenzaba a sonar la alarma Gomara todavía vio algo más que la confirmó: por detrás de los dos primeros pasajeros del helicóptero apareció otro saltando a la cubierta.

La reacción de Laureano Gomara fue típica en sujetos como él. Lanzó un grito de rabia, llevó la mano en busca de su automática, y gritó:

—¡Avisad a los…!

No oyó nada, salvo la lluvia. Pero vio en la mano del barbudo un leve destello cárdeno, y acto seguido sus ojos se apagaron, al recibir su cerebro el impacto de una pequeña bala. Murió en el acto, sin darse cuenta, convencido de que era él quien iba terminar con aquellos intrusos.

Dos de sus hombres reaccionaron rápidamente, pero el barbudo y el tercer personaje en saltar del helicóptero dispararon, derribándolos a balazos sin contemplaciones. Los otros dos estaban tan atónitos que no consiguieron reaccionar, y eso les salvó la vida, pues en lugar de recibir balazos de plomo recibieron los impactos

de las balas de gas disparadas por Rosendo Linares y tras un instante de estupefacción rodaron por cubierta…

Waldo Washington fue a decir algo, pero también recibió el impacto de una bala de gas, y cayó fulminado. Las aspas del helicóptero habían dejado ya de girar, la lluvia era atronadora. Pese a esto, se oyó la voz de Brigitte brotando por entre las falsas barbas que la camuflaban como Luis Octavio Cardenal.

—¡Las mascarillas! —gritó—. ¡Tenemos que llenar de gas todo el interior del barco!

Corrieron hacia la entrada a los habitáculos, y apenas se cobijaron de la lluvia sacaron de sus macutos impermeables las mascarillas. Rosendo Linares miraba a Brigitte con los ojos muy abiertos… La vio crispar un instante los labios y disparar con su pequeña pistola, casi al mismo tiempo que lo hacía Número Uno, hacia el fondo del pasillo. Dos hombres, que llegaban corriendo portando metralletas, rodaron por el suelo aparatosamente…

—¡Despierte! —le gritó Baby a Linares—. ¡Vamos, póngase la mascarilla! Linares la obedeció prestamente. Se lo habían explicado bien: en el exterior no hacía falta, porque los efectos del gas sólo alcanzaban a los más cercanos, a los que eran alcanzados por el impacto de cada bala especial, y enseguida el gas se dispersaba. Pero dentro, en lugar cerrado, había que echar mucho más gas, para que sus efectos alcanzasen a todos…, menos, naturalmente, a los que dispusieran de mascarillas.

Cuando Rosendo Linares vio que Número Uno y Baby se adentraban en el barco, protegidos por las mascarillas, y disparando continuamente cargas de gas, comprendió que el barco oceanográfico *Blackstar* acababa de ser rescatado…, prácticamente por dos personas, y sin causar víctimas inocentes de ninguna manera.

* * *

—Nada —se acercó Simón, moviendo la cabeza—… Es imposible. Habrá que reventarla con cargas explosivas.

Brigitte y Número Uno miraron hoscamente hacia la enorme cámara acorazada que ni ellos habían podido abrir. La villa del Doctorcito no había sufrido daños visibles desde el exterior, pero el

sótano, todo el laboratorio, estaba lleno de quemaduras y desperfectos. Todos los instrumentos habían sido destrozados por los robots cuyo control se había estropeado; y éstos yacían, como cadáveres descuartizados, por todas partes, rodeados de sus miembros metálicos…

—Un momento —exclamó de pronto Brigitte—… ¡Ya lo tengo! Él mismo me dio la llave… Si no acierto, recurriremos a lo que sea.

Se acercó a la caja y se puso a manipular en ella, contemplada escépticamente por todos los agentes de la CIA que había en el laboratorio, expertos reconocidos y bien entrenados que nada habían conseguido…

En diez segundos la agente Baby abrió la enorme compuerta de la caja…, y el cadáver de Ángel Montesdeoca casi cayó sobre ella. Su aspecto era horripilante: habían reventado sus oídos y sus ojos, y su cuerpo parecía absolutamente podrido. Tenía las manos crispadas, y todos comprendieron que, falto de aire, había estado arañando la compuerta, hasta que le llegó la horrible muerte que lo convirtió en un repugnante despojo.

—Vaya —comentó fríamente Brigitte—… Creí que lo había matado a puntapiés, y resulta que todavía estaba vivo cuando lo encerré.

—Tú sabías eso —murmuró Uno, a su lado—. ¿Cuál era la combinación?

—Podría haber sido Doctorcito, o Ángel, o Montesdeoca…, pero habría resultado demasiado evidente, y de pronto recordé que él me dijo que uno de los robots era su mejor amigo. Se parecía a Ángel, pero no era Ángel. Fácil de recordar, pero inimaginable para cualquiera a quien no le hubiera sido presentado el robot llamado Arcángel.

—O sea —exclamó uno de los agentes de la CIA—, que la palabra clave es Arcángel.

—Exactamente. Y ahora veamos qué encontramos ahí dentro…, aparte de mil millones de dólares, claro.

Este es el final

—¿Y qué encontraron? —preguntó finalmente *Mr*. Cavanagh.

Brigitte depositó un portafolios sobre la mesa, en silencio. Cavanagh se lo quedó mirando. Luego, miró hacia el exterior del edificio del aeropuerto Kennedy, adonde había acudido para reunirse con Brigitte y Número Uno, que acababan de llegar y directamente seguían viaje hacia París…, desde donde pensaban trasladarse a Villa Tartaruga.

—¿Qué es lo que contiene? —preguntó Cavanagh, regresando su mirada a la divina espía.

—Unos planes, unos… proyectos estudiados muy detenidamente a fin de cambiar el futuro y la raza en Centroamérica.

—¿Y cómo habría conseguido semejante cosa? Porque cambiar el futuro no sólo es factible en términos corrientes, sino que, como nunca nadie sabe cuál es su futuro, se le puede decir que se le ha cambiado, pero cambiar la raza… ¿Cómo habría conseguido esto?

—Cambiar la raza como él pretendía habría sido, sin duda, cambiar el futuro de Centroamérica. Nadie habría querido acercarse más a Centroamérica, le habrían dejado finalmente en paz, y él habría formado allí un paraíso donde sería el Dios Creador. En cuanto a la nueva raza… Bien, el proyecto del Doctorcito era hacer explotar el *Blackstar* de modo que la mayor parte de habitantes de Centroamérica quedase afectada, es decir, contaminada por las radiaciones de tal modo que se convertirían en una raza… apestosa de la que el resto de la Humanidad huiría. De este modo, Centroamérica quedaría aislada, no habría más presiones, ni intereses, ni codicias sobre ella…

—Pero esas personas afectadas morirían, ¿no?

—No. Seguirían viviendo, pero en un estado de… putrefacción permanente que él mismo conseguiría con los «medicamentos» que estaba fabricando en su laboratorio. Medicamentos que

conservarían la vida, pero… en un estado de putrefacción hereditaria que daría lugar a una nueva raza realmente intocable. Una raza podrida físicamente y con la que nadie querría saber nada, que viviría en su paraíso centroamericano, y en el cual el rey sería un simple leproso.

—La madre que lo parió —jadeó Cavanagh, sin poderse contener—… ¡Qué grandísimo hijoputa!

—Yo diría, señor —deslizó suavemente Brigitte Baby Montfort—, que hay muchos otros hijosputa en este valle de lágrimas. Y que no pararán hasta hacer realidad la frase, hasta que conviertan nuestro hermosísimo planeta en un auténtico valle de lágrimas…, si es que queda alguien para llorar.

FIN

Notas

[1] Véase la aventura titulada *Carne de cañón*. < <

[2] Véase la aventura titulada *Guerra inolvidable*. <<

[3] *Searcher*: Buscón en inglés. <<

[4] Véase la aventura titulada *Nuestro hombre de Pekín*. < <